



MAESTRÍA EN CLÍNICA PSICOANALÍTICA CON
NIÑOS (Res. Coneau: 11739/14)

Tesis:

“La existencia de lo propio en psicoanálisis:
puntualizaciones en torno a la constitución del cuerpo
en la infancia”

Autora: Ps. María Carla Prado

Director: Mg. Jaime Fernández Miranda

Email: carlaprado4@hotmail.com

Rosario, 03 de junio de 2024

Índice

RESUMEN	1
INTRODUCCIÓN	2
OBJETIVO GENERAL	7
OBJETIVOS ESPECÍFICOS	7
ESTRATEGIA METODOLÓGICA	7
CAPITULO I. ALCANCES Y LÍMITES DE LA DETERMINACIÓN DEL OTRO EN PSICOANÁLISIS.	
ALTERNATIVAS TEÓRICAS	11
PUNTUALIZACIONES CONCEPTUALES	11
LECTURA DETERMINISTA DE LA PRIMACÍA DEL OTRO	12
EL DEBATE SOBRE EL ORIGEN EN EL CAMPO PSICOANALÍTICO	14
EL ESTORBO DE LO <i>PROPIO</i> . PROFANACIONES Y SUSTITUCIONES POSIBLES.....	16
JEAN LAPLANCHE: METÁBOLA.....	18
PIERA AULAGNIER: VIOLENCIA PRIMARIA	19
DONALD WINNICOTT: ZONA INTERMEDIA.....	23
CAPITULO II. LA PULSIÓN Y EL CUERPO. DEL CUERPO DE NECESIDAD AL CUERPO ERÓGENO	27
PULSIÓN: CONCEPTO FUNDACIONAL Y SOPORTE TEÓRICO.....	27
LA SITUACIÓN ORIGINARIA.....	29
LA PULSIÓN COMO ATAQUE INTERNO	31
INHIBICIÓN: UN CONCEPTO QUE NO PUEDE SER SOSLAYADO.....	33
UNA LECTURA ECONÓMICA DE LOS ORÍGENES DEL PSIQUISMO	35
LUGAR DE LA INHIBICIÓN ENTRE EXPULSIÓN E INTROYECCIÓN	37
CAPITULO III. DEL NARCISISMO AL ESTADIO DEL ESPEJO: LA CONSTITUCIÓN DEL CUERPO COMO	
UNIDAD Y SUS VICISITUDES	42
LUGAR DEL NARCISISMO EN LA CONFORMACIÓN DEL YO Y RELACIONES CON LA PULSIÓN	42
ESTASIS LIBIDINAL: EL YO COMO OBJETO DE AMOR	42
FRAGILIDAD NARCISISTA.....	44
NARCISISMO Y DESDOBLAMIENTO DE LA FUNCIÓN DEL OTRO	45
VERGÜENZA Y PUDOR COMO INDICADORES CLÍNICOS	48
LUGAR DE LA IMAGEN EN LA CONSTITUCIÓN DEL YO: REQUISITOS Y PRECISIONES EN TORNO AL	
ESTADIO DEL ESPEJO.....	49
LA TESIS DEL ESTADIO DEL ESPEJO	49
EL ESPEJO COMO IDENTIFICACIÓN.....	51
IMAGEN VIRTUAL: EL PAPEL DEL ESPEJO PLANO.....	53

LA RISA Y LA MÍMICA JUBILOSA, NO SIN EL OTRO.....	53
TERCERA DIMENSIÓN DEL OTRO: EL PAPEL DE ESPEJO DEL ROSTRO.....	57
TROPIEZOS DEL REFLEJO.....	59
UNA IMAGEN FALAZ QUE SE SIENTA REAL.....	61
CAPITULO IV. LA IDENTIFICACIÓN COMO MECANISMO INHERENTE A LA CONSTRUCCIÓN DE LO PROPIO.....	63
PUNTO DE PARTIDA: LA IDENTIFICACIÓN EN LA TEORÍA FREUDIANA.....	63
IDENTIFICAR E IDENTIFICARSE: DIMENSIONES Y TROPIEZOS DE LA IDENTIFICACIÓN.....	66
IMITACIÓN, IDENTIFICACIÓN Y MÍMESIS: PUNTOS DE CONTACTO Y DIVERGENCIAS.....	71
IMITACIÓN, IDENTIFICACIÓN Y MÍMESIS: LECTURAS DE LA CLÍNICA.....	73
EL INTERVALO ENTRE ENUNCIADO IDENTIFICATORIO E IDENTIFICACIÓN.....	76
CONCLUSIÓN.....	81
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	91

Resumen

Este trabajo pretende indagar la existencia de lo propio desde la perspectiva del análisis de la constitución del cuerpo en la infancia; delimitando las operaciones por las que tiene lugar, a la vez que los tropiezos en dicho derrotero.

Desde una revisión crítica de lecturas deterministas se propone una conceptualización de lo propio que subraya su forma reflexiva y su condición de *ilusión*. Luego se explora el *cuerpo erógeno*, efecto de excitaciones implantadas por el otro, para comprender a la pulsión como ajinidad interior, de carácter autoatacante. El análisis de los modos de defensa y ligazón del psiquismo se detiene en el papel de la *inhibición*.

Posteriormente, se profundiza en la dimensión *narcisista e imaginaria* del cuerpo. El análisis se centra en la teoría del *estadio del espejo* de Jacques Lacan y la propuesta de Donald Winnicott que ubica al rostro como su precursor, para dar lugar a la consideración de diversos modos de padecimiento en la infancia

Finalmente, se indaga el papel de la identificación en la constitución del yo y del cuerpo. Se avanza en una lectura de la mimesis como perturbación en identificaciones tempranas, asignándole a su vez una función de recomposición.

Palabras clave: determinación, cuerpo propio, infancia, yo, identificación.

Introducción

Esta tesis nace de los interrogantes despertados por el encuentro, en transferencia y en el marco de una práctica psicoanalítica, con niños y niñas que presentan cuerpos con un andar robotizado, cuerpos torpes que tropiezan en ausencia de obstáculos, que necesitan deambular o saltar, que no alcanzan la placidez de la relajación, o que aparentan no registrar el dolor. Estos sujetos -que no pueden despegarse del cuerpo del otro, o que por el contrario rechazan ciertas formas del contacto humano- permiten inferir aspectos fallidos en la constitución del yo¹ y nos han llevado a preguntarnos por los modos en que se alcanza en la infancia la conformación del cuerpo propio y los tropiezos que pueden ocurrir en dicho proceso. El intento de conceptualizar lo *propio* dentro de la teoría psicoanalítica nos introduce de entrada en un campo de problemas, desde el momento en que este es un discurso que sostiene la determinación del otro en la constitución psíquica como uno de sus pilares fundamentales.

En consecuencia, desde una posición teórica (Bleichmar, 2002b) que propone someter continuamente la teoría y la metapsicología a la prueba de la clínica y que armoniza con la actitud crítica que se promueve desde la Maestría en Clínica Psicoanalítica con Niños, esta tesis pretende contribuir a la revisión de conceptos esenciales como identificación, narcisismo, imagen, pulsión, entre otros; los cuales resultan fundamentos ineludibles de la práctica psicoanalítica con niños.

De esta forma, al intentar abordar la cuestión del cuerpo nos encontramos con un problema multiforme que no permite avanzar sin antes precisar de qué cuerpo estamos hablando cada vez. Esta detención nos brinda al mismo tiempo un indicio: para el psicoanálisis no hay *el cuerpo* sino *los cuerpos*. A grandes rasgos habrá que distinguir el cuerpo orgánico, como soporte biológico; el cuerpo pulsional, de las zonas erógenas; y el cuerpo del narcisismo, que como representación del yo incide en el caos pulsional. Esta tesis se enfoca en este último, en tanto es aquel que más estrechamente se liga al yo, a la vez que sostenemos que sólo respecto de esta

¹ En tanto juzgamos que es imposible que el yo se constituya sin fisuras, habrá que precisar los matices de dichas fallas.

dimensión del cuerpo sería posible interrogarnos por su cualidad de *propio*. Nos interesa entonces la zona de entrecruzamiento entre la constitución del cuerpo y la del yo, bajo la hipótesis de que la instalación de esta instancia es un punto de inflexión en la posibilidad de trazar una diferencia con el otro que permita representarse al cuerpo como propio – aunque luego pueda revelarse lo ilusorio de tal creencia – y que la identificación es una operación fundamental en este derrotero, cuya función tendremos que precisar.

Observamos que no obstante la vastedad del desarrollo freudiano respecto del concepto de identificación, y a pesar de que el mismo Lacan complejizó a lo largo de toda su obra su teorización, una versión simplificada del estadio del espejo continuó siendo la referencia exclusiva de posteriores desarrollos teóricos respecto del funcionamiento identificatorio, el cuerpo o el yo en la infancia; alcanzando en ocasiones reduccionismos en los que el cuerpo parece reducirse a una imagen plana que *es vista*. Esto ha conducido a la expulsión o el menoscabo de otros desarrollos conceptuales que en esta investigación pretendemos recuperar para restituirle a la constitución del cuerpo en la infancia su complejidad y su carácter multidimensional.

Asimismo, esta tesis somete a revisión aquellos modelos teóricos que atribuyen a ciertas modalidades de sufrimiento en la infancia pura y simplemente la *carencia* de cuerpo, una formulación que se sostiene en la reducción de la conformación del cuerpo a uno de sus aspectos, hipostasiado. Por el contrario, la ampliación de las perspectivas de análisis que en este estudio se propone permite eludir paradigmas que separan de manera categórica un devenir normal de otro patológico, para en cambio advertir las continuidades entre distintos órdenes de dificultades que pueden advenir en el derrotero de la conformación de un cuerpo.

El análisis de los alcances del principio de determinación del otro es el punto de partida elegido en esta tesis para situar los modos en que se alcanza en la infancia la conformación del cuerpo, junto a los tropiezos que pueden ocurrir en dicho proceso. Inicialmente, nos adentraremos en una revisión crítica de lecturas deterministas del origen y funcionamiento del psiquismo, las cuales al privilegiar el papel del otro terminan por hacer desaparecer la actividad del lado del niño.

Al mismo tiempo, nos preguntamos ¿Es el cuerpo algo propio si planteamos el carácter de alienación constitutiva del yo?, ¿sería posible nombrar la experiencia de lo propio, aunque provenga del otro? y si así fuera, ¿bajo qué nominación? Recuperar el debate entre posiciones endogenistas y exogenistas al interior del psicoanálisis permitirá delimitar las coordenadas que hagan posible desplegar estos interrogantes.

Luego, introducirnos en el campo semántico nos dará la pista para ubicar el mecanismo de *apropiación* como la piedra angular de un modo de abordaje –el que privilegiamos en esta tesis- de lo propio. En esa dirección, Agamben (2005) aporta la distinción entre uso y posesión, que nos sugiere la necesidad de una operación de *profanación* para hacer del cuerpo algo propio.

Luego de este rodeo proponemos contraponer a las posturas deterministas las propuestas teóricas de tres grandes psicoanalistas, que continuaremos profundizando a lo largo de esta investigación. Se trata de Jean Laplanche, Piera Aulagnier y Donald Winnicott, cuyos conceptos de *metábola*, *violencia primaria*, y *espacio transicional* respectivamente, permiten complejizar la relación entre el incipiente sujeto y sus otros primordiales.

Delimitada la noción de lo propio bajo estas consideraciones, avanzamos en nuestro recorrido hacia el análisis de la constitución del cuerpo en la infancia, sus avatares y condiciones. Partiremos para ello de las implicancias del concepto de pulsión, que subvierte la naturaleza biológica del cuerpo haciendo prevalecer su carácter erógeno.

En vías de poner a prueba una hipótesis cuantitativa de las compulsiones y tropiezos en el uso del cuerpo, situaremos los modos en que la sexualidad adulta se implanta en el infans en el contexto de la situación originaria. De esta manera nos proponemos examinar la condición paradójica del empuje pulsional, que determina el carácter autoatacante de la sexualidad infantil al tiempo que opera como motor de un trabajo de dominio y simbolización. Como consecuencia, será posible advertir una *ajenidad interior* que invade al yo, poniendo en tensión lo propio.

Nos dejaremos conducir entonces al análisis de los modos de defensa y ligazón del psiquismo, para detenernos especialmente en el problema de la *inhibición*,

adentrándonos en una lectura económica en la que el concepto de vías colaterales nos servirá de guía.

Los *fracasos* en la inhibición serán lo que nos permita percibir una operación de otro modo silenciosa, y valorar su papel en la *instrumentalización del propio cuerpo*. Ahora bien, ¿Qué significa que el cuerpo propio se instrumentalice?, ¿Es acaso por esa instrumentalización que le vale el calificativo de “propio”?

Bajo la conjetura de que el emplazamiento de aquello que en el psicoanálisis llamamos “yo” es un punto de inflexión en la constitución del cuerpo, en el tercer capítulo de esta tesis pretendemos profundizar su estudio, ya no desde la perspectiva económica que introducimos anteriormente sino privilegiando sus dimensiones narcisista e imaginaria, las cuales definen las dos secciones en que se divide este capítulo.

Luego de desarrollar las implicancias de la originaria investidura libidinal del yo, nos ocuparemos de los motivos que instan a su abandono. El descubrimiento de la fragilidad que impregna al narcisismo será la vía de entrada al concepto de *narcisismo trasvasante* acuñado por Silvia Bleichmar, que sugiere que la investidura narcisista que da origen a la unidad del yo proviene de las constelaciones amorosas que sostienen los cuidados primarios.

A continuación, dedicaremos un apartado al *Estadio del espejo*, tesis con la que Lacan sintetiza la hipótesis de una constitución anticipada del yo a través de la imagen del cuerpo como *Gestalt*, y que resulta un aporte ineludible al propósito de esta investigación.

¿Qué implica asumir una imagen?, ¿Algo allí se incorpora, o se trata más bien de tomar posición respecto de algo que continua siendo exterior?, ¿Qué derroteros resultan de asumir una imagen o no hacerlo? Dar curso a estas preguntas nos conducirá a examinar la cualidad de *continente* de la imagen corporal y el modo en que la relación con la realidad se ve transformada por ella.

El recorrido propuesto proseguirá en el análisis del papel del Otro (A) en la conformación imaginaria del cuerpo, para precisar su función como matriz simbólica, polo de identificaciones y punto de alteridad primario. Procuramos en este punto comprender los efectos de reconocimiento que se producen bajo estas condiciones, a

la vez que concebir aquellas otras que dejan a un sujeto librado a la soledad de su propio reflejo.

En esta dirección, recuperaremos la hipótesis de Winnicott del papel del rostro como precursor del espejo, desarrollada en su célebre libro de 1971, *Realidad y juego*. Sobre el final del capítulo nos detendremos en los tropiezos que pueden acontecer la función de espejo del rostro -rastreado sus modos de aparición en la clínica- para desembocar en la hipótesis que hace de la *ilusión* la experiencia de una continuidad del yo en el tiempo-espacio que asegura su estabilidad.

Finalmente, pondremos en consideración a la *identificación* como una operación necesaria para la constitución del cuerpo propio; conjetura que será desplegada en nuestro cuarto y último capítulo. Nuestro punto de partida será la teoría del yo que Freud construye en *El yo y el ello* (1923) y el lugar que en esta le destina a la identificación.

Sin embargo, el concepto de identificación está lejos de una definición unívoca. Con una presencia ubicua en la bibliografía psicoanalítica, en ocasiones la fluidez en sus acepciones y la proliferación de sus usos amenaza con la pérdida de su especificidad. En esta tesis elegimos delimitar sus contornos a través de sus diferencias respecto de nociones lindantes, como la *imitación* y la *mímesis*.

En esta dirección, nos serviremos del relato de fragmentos de un caso clínico para indagar los resortes del mecanismo de identificación y delimitar sus efectos, determinados a la vez por lo que el adulto ofrece como por la diversidad de sus modos de inscripción en el yo.

La distinción entre identificación y mímesis, especialmente, será la clave que nos permita avanzar en la comprensión de aquellas formas de padecimiento en las que advertimos perturbaciones en el armado del cuerpo que se ligan a fallas en identificaciones tempranas. Nos aventuramos, asimismo, en una lectura de la mímesis que no se agote en su aspecto deficitario sino que recupere su función defensiva, de recomposición.

Tras ese pasaje, nos serviremos, una vez más, de los aportes de Piera Aulagnier, a fin de situar la distancia entre el *enunciado identificatorio* dispuesto por el otro, y la *identificación* como operación del yo. De esta manera, lograremos comprender en su

complejidad aquellos modos de sufrimiento en que se ve afectada la posibilidad de hacer propio aquello que el otro ofrece.

Objetivo general

Analizar los mecanismos implicados en la constitución del yo y el cuerpo en la infancia, y la pertinencia de la noción de cuerpo propio en psicoanálisis.

Objetivos específicos

- Comprender las operaciones implicadas en la conformación del cuerpo en la infancia y examinar los obstáculos que determinan perturbaciones en la misma.
- Revisar críticamente el principio de determinación del otro en la constitución psíquica en la teoría de Jacques Lacan y en las lecturas de sus discípulos.
- Identificar las dimensiones que se privilegian en la conceptualización respecto de la constitución del cuerpo en la infancia en la obra de Freud y Lacan, y dentro del psicoanálisis francés en la segunda mitad del siglo XX.

Estrategia metodológica

Nos preguntamos si hay cuerpo propio para el psicoanálisis, y si lo hubiera de qué modo es posible dar cuenta de su conformación. Nuestro punto de partida es la clínica psicoanalítica, como el espacio donde nacen los interrogantes que logran poner en tela de juicio las teorías cuya convicción sostenemos, y nos sostienen (Bleichmar, 2000). Nos alejamos de entrada, por lo tanto, de una pretensión de objetividad en tanto las situaciones de la práctica que nos orientan no pueden ser consideradas *datos* de una investigación empírica desde el momento que la materialidad del registro de nuestra praxis son reconstrucciones en que la subjetividad del analista ocupa un lugar central, transformando los hechos en una lectura de los mismos.

Por otra parte, considerando que el yo es por naturaleza *fallido* –y que por esto mismo persiste en su función de defensa- recusamos la operación patologizante de producir una teoría exclusiva de las fallas en la constitución del cuerpo –lo cual implicaría una suerte de especialidad en la práctica- y proponemos, por el contrario, que la heterogeneidad de escenas de la clínica sean el espacio desde el cual interrogar

la constitución del cuerpo propio en la infancia, ampliando las dimensiones -somática, representacional, imaginaria, erógena- que allí se entraman.

Desde esta perspectiva, no hacemos más que reproducir el método de investigación que Freud nos transmite cuando en 1914 para formular el concepto de *narcisismo* analiza las modalidades de colocación de la libido en la perversión, la parafrenia, la enfermedad orgánica y la hipocondría. Se trata, entendemos, de leer un concepto a partir de sus fallas.

En consecuencia, la metodología utilizada será el ensayo como *dialogo* con la teoría psicoanalítica. Acompañando la propuesta de Alberto Giordano (2005), esto supone una interpelación desde el interior del campo mismo. Acordamos con este autor cuando afirma que lo que define lo ensayístico en el campo académico es

Esta intrusión en el campo de la teoría de una subjetividad tensionada entre la afirmación del carácter intransferible de su experiencia de lectura y la necesidad de recurrir a la generalidad de los conceptos para explicarse y comunicar esa afección singular. (p.264)

Impregnar la teoría con una experiencia de lectura y de escritura, lejos de devaluarla permite por el contrario restituírle a los conceptos su capacidad interrogativa, a menudo borrada por el impulso generalizador.

Tomaremos asimismo el modelo epistemológico o paradigma de investigación que Carlo Ginzburg llama *indiciario*, el cual opera bajo un saber conjetural (Manson, Pulice y Zelis, 2000). En armonía con la propuesta metodológica del ensayo como "lectura del detalle" que propone Giordano (2005, p. 238), Ginzburg destaca el particular procedimiento utilizado por Morelli, Holmes y Freud en el que son los detalles los que "encierran la clave para acceder a una realidad más profunda que, de lo contrario, sería inabordable" (Manson, Pulice y Zelis, 2000, p.10). Como señalábamos con el caso del concepto de "narcisismo", el uso que hace Freud del detalle, del indicio, nos da la pista de su *método*, es decir, de un particular tratamiento del acontecimiento como guía que hace posible problematizar las categorías disponibles y desplazar los límites de la teoría (Giordano, 2005, p. 264).

Desde este enfoque, en el desarrollo de esta investigación se incluyen situaciones clínicas pero cuyo carácter fragmentario y múltiple –ya que remiten al trabajo con distintos pacientes- impide encuadrar esta tesis como un *análisis de caso único*.

Tal como afirma Fernández Miranda (2021), entendemos que

el caso no es el paciente sino la puesta en relato de un sesgo, una situación, un momento de una cura o tramos más o menos extensos de un análisis, una puesta en relato que (...) somete la práctica a una exigencia narrativa que le es ajena. (p.72)

Esta definición del “caso” supone que toda comunicación de una situación clínica se halla contaminada ya de una interpretación que determina el recorte que se hace, el modo de presentarlo, las palabras que se eligen. El caso entonces no expone la realidad de un analizante sino que habla de la experiencia del analista (Op.cit).

El relato de acontecimientos de la práctica que se incluyen en este estudio no cumplen una función ejemplificadora –motivo por el que, en la estructura de este ensayo, se ubican antes de los despliegues teóricos, no después – ni pretenden demostrar la exactitud de las reflexiones que conforman este estudio. Su sentido, en cambio, es el de propiciar un punto de partida.

El modo de escritura elegido expresa el modo de investigación del psicoanálisis, que es al mismo tiempo –y fundamentalmente, a nuestro parecer- un método de cura. Justamente es ese *isomorfismo* entre el método de investigación y el método de cura del psicoanálisis (Fernández Miranda, 2021, p. 67) el que revela el método indiciario al que nos referimos anteriormente.

Las situaciones clínicas, tal como son usadas en la tesis, reproducen en la escritura lo que ocurre en la práctica del psicoanálisis: el encuentro con algo que se presenta como enigmático – en tanto no logra ser rápidamente comprendido e insiste como pregunta que la teoría no logra mitigar- y suscita hipótesis que luego son encauzadas en una investigación. Así, las decisiones metodológicas en torno al modo

de escritura buscan ser consecuentes con el original modo de producción del saber que es propio del psicoanálisis.

Ahora bien, si de esta manera se esclarece el papel de la práctica en su relación con la investigación psicoanalítica, no alcanza a fundamentar la necesidad de *explicitar* esos recortes de la práctica y no únicamente las hipótesis y teorías a las que estas dieron lugar.

Al respecto, entendemos que únicamente de esta manera se plasma el carácter singular de la experiencia con un analizante, que “opera como resto inasimilable y eficaz que imprime a los conceptos una inestabilidad y una rugosidad bien particulares, y con ello los refina” (Op. cit, p. 70). En el decurso de la investigación los relatos de esa experiencia testimonian esa rugosidad ahí donde la lógica podría tornarse demasiado evidente. Al mismo tiempo, si comprendemos que “el caso dice mucho más de lo que quiere (o puede) decir el analista que teoriza” (p. 74) la incorporación de estas viñetas apela a que desde la lectura de ese material puedan construirse otras respuestas e interpretaciones que las que esta tesis presenta.

Finalmente, nos orienta la propuesta de Umberto Eco (1986) del *índice como hipótesis de trabajo* (p.131) el cual permite el trazado de un trayecto provisorio a la vez que, como guía subyacente, posibilita advertir los extravíos.

Esta tesis, entonces, se propone como un recorrido sobre la base de un mapa-índice, que recupera recorridos anteriores –aquellos que han delineado la travesía de una formación psicoanalítica- y propone dejarse guiar por indicios, detalles, que al modo de puntos de apoyo permitan dar el salto hacia nuevas reflexiones.

Capítulo I. Alcances y Límites de la Determinación del Otro en Psicoanálisis.

Alternativas Teóricas

Puntualizaciones conceptuales

Quizás resulte necesario comenzar precisando por qué hace falta adentrarnos en el problema de la determinación.

Esta tesis nace de los interrogantes producidos por el encuentro con ciertas particularidades de la corporalidad en la práctica del psicoanálisis con niños y niñas, los cuales nos llevaron a revisar los modos en que se alcanza en la infancia la conformación del cuerpo y los tropiezos que pueden ocurrir en dicho proceso. En este recorrido la pregunta por las causas de esos tropiezos muchas veces nos condujo a teorías que terminaban por ahogar la realidad del niño en un mito de origen situado en el otro materno-paterno.

Justamente por considerar insuficientes a estos planteos es que nos proponemos indagar qué existencia podemos dar a *lo propio* desde el psicoanálisis.

En esta investigación no pretendemos someter a caución el papel fundamental que tiene el otro en la constitución psíquica. Es decir que el carácter exógeno del psiquismo será para nosotros un *principio*, el punto de partida de nuestras reflexiones. Al mismo tiempo, pretendemos sin embargo interrogar el juego de fuerzas y las vicisitudes de ese encuentro. Desde esta posición, coincidimos con Castoriadis (2005) cuando advierte que

La determinación lleva a negar el tiempo, lleva a la atemporalidad: si algo está verdaderamente determinado lo está desde siempre y para siempre. Si cambia, los modos de su cambio y las formas que este cambio puede producir ya están determinados. (p.65)

Por nuestra parte, preferimos hablar de “determinismo” para referirnos a este posicionamiento, a fin de conservar la noción de “determinación” para dar cuenta de la multiplicidad de factores que influyen la constitución psíquica en la infancia. Pero

siguiendo al autor, nos orientamos a sustituir la imagen de un aparato psíquico que *incorpora* materiales del otro –aparato pasivo y por fuera del tiempo- por uno con cualidades de *producción* de elementos nuevos; sin que exista una continuidad entre ambos modelos sino más bien como dos paradigmas en contradicción.

En esta dirección, advertimos el deslizamiento desde enfoques que atienden a la captura significativa y erótica del infans por parte quienes lo reciben en su llegada al mundo –aporte magistral de Lacan al psicoanálisis- hacia posiciones deterministas en la clínica con niños (Piro et al., 2021) en los que se concibe al niño como un puro *objeto del deseo del otro*, las cuales producen a su vez una clínica desubjetivante del niño y culpabilizante de las figuras parentales.

Proponemos adentrarnos primero en estos planteamientos que han tenido gran influencia al interior del psicoanálisis con niños, para luego dar lugar a la consideración de *otros modos* en que se ha teorizado este influjo.

Lectura determinista de la primacía del Otro

Ubicaremos dos puntos paradigmáticos que, según entendemos, han podido extraviar la enseñanza lacaniana hacia posiciones en las que el conflicto intrapsíquico como causa del síntoma queda solapado tras el papel asignado a las figuras parentales. Tales referencias son las “Dos notas sobre el niño” de Jacques Lacan, publicadas en español por Manantial en *Intervenciones y textos 2*; y el prefacio que realiza Doltó al libro *La primera entrevista con el psicoanalista* de Maud Mannoni.

Particularmente en este último encontramos un modelo teórico que evidencia de manera ejemplar aquello que hemos nombrado como *determinismo*. Allí se encuentran afirmaciones como

Donde el lenguaje se detiene, lo que sigue hablando es la conducta; cuando se trata de niños perturbados, es el niño quien, mediante sus síntomas, encarna y hace presentes las consecuencias de un conflicto viviente, familiar o conyugal, camuflado y aceptado por sus padres. (...) En resumen, el niño o el adolescente se convierten en portavoces de sus padres. De esta forma, los síntomas de impotencia que el niño manifiesta constituyen un reflejo de sus propias

angustias y procesos de reacción frente a la angustia de sus padres (Mannoni, 1965, p. 15)

La exacerbación o la extinción de los deseos, activos o pasivos, de la libido (oral, anal o pregenital edípica) o la simbolización por parte del niño de sus pulsiones endógenas, son la respuesta complementaria a los deseos reprimidos de padres insatisfechos en su vida social o conyugal, y que esperan de sus hijos la curación o la compensación de su sentimiento de fracaso (Op.cit, p.16)

Dejando de lado el tono moralizante de la cita –y que no deja de tener consecuencias en la práctica, aunque aquí no nos detengamos en este aspecto- es evidente la reducción los deseos del niño y sus simbolizaciones a un *reflejo* de un conflicto localizado en las figuras parentales. El niño responde a la angustia de sus padres, pero aquello que presenta –su propia angustia, sus simbolizaciones y síntomas- es el *complemento* necesario de la posición subjetiva de sus padres. Es decir que su causa y su explicación están contenida en los deseos parentales, de modo que esa respuesta no podría ser más que *esa*. Desde esta perspectiva, el niño no es más que una superficie de proyección.

Asistimos aquí a una concepción del síntoma del niño como expresión del síntoma de los padres, tanto en su acepción de formación de compromiso como de modalidad de goce. La idea de la función de portavoz² conduce incluso a un retorno del modelo simple del arco reflejo, donde el sufrimiento del niño es una reacción (respuesta) a la angustia de los padres (estímulo). Doltó continúa:

A menudo, su impotencia es la copia, a escala reducida, de la impotencia de uno de los padres, desplazada del nivel en que se manifiesta en el adulto al nivel de la organización libidinal precoz de la personalidad del niño, o también al nivel de la organización edípica presente en ese momento. (Op. cit., p.16)

² Que no coincide con el sentido que Aulagnier le da a este término, en el que posteriormente nos detendremos, el cual implica una transmisión que la madre realiza del discurso del conjunto al niño y que conlleva alguna forma de procesamiento del mismo.

Entendemos que ese desplazamiento del que nos habla no remite a la operación freudiana de desplazamiento sino más bien a un pasaje de mano en mano de la impotencia, que implica a su vez su degradación, en tanto *copia, a escala reducida*. Desde esta versión del síntoma infantil, si existe algo *propio* en el niño es copia del adulto y, a la vez, de menor valor.

Podemos inferir que la posición de Doltó al momento de escribir este prefacio está profundamente influenciada por las ideas de su maestro expuestas en *Dos notas sobre el niño*. En este breve artículo Lacan (1988) sostiene que el síntoma del niño responde a lo que hay de sintomático en la estructura familiar, representa la verdad de la pareja familiar (p.55). Refiriendo la “familia” a la pareja heterosexual, indica que cuando el niño queda capturado como objeto *a* del fantasma de la madre “su única función” es dar a ver la verdad de ese objeto.

No ignoramos que hay aquí un núcleo de verdad que conlleva incluso una valiosa indicación clínica, pero nos permitimos sospechar: ¿no aporta nada el niño a la producción de sus síntomas; todas sus fantasías, deseos, representaciones y defensas pueden ser reabsorbidas en la consideración del fantasma materno?, ¿cómo conciliar esta explicación con la idea de singularidad del sujeto?, ¿Acaso la singularidad será algo reservado a ciertos casos –acaso los que se ubiquen en el campo de la neurosis- o que se conquiste en un tiempo posterior de la estructura?

Creemos que la amplia extensión que ha tenido este artículo en el psicoanálisis con niños –curiosamente, incluso, teniendo en cuenta su brevedad y el carácter informal de su producción, al interior de una obra tan extensa y puntillosa en lo conceptual como la de Lacan- responde a que este planteo resulta aliviador, en tanto evita enfrentarnos al enigma del niño o adentrarnos en modificaciones de la técnica, ya que el núcleo del análisis estará en las entrevistas con los padres. Asimismo, aplaca la responsabilidad del analista en tanto la clave de la resolución del conflicto radica menos en la dirección de la cura que en un cambio de posición subjetiva por parte de las figuras parentales.

El debate sobre el origen en el campo psicoanalítico

A continuación, nos proponemos dar lugar a los desarrollos teóricos de quienes, dentro del psicoanálisis con niños, han tomado posicionamientos que desafían lecturas que podrían sugerir, como hemos visto, que no hay nada en el psiquismo infantil que no pueda ser remitido a los elementos ofertados por el otro, para esclarecer, en palabras de Bleichmar (2009) “la diferencia entre las condiciones edípicas, de partida, y la nueva estructura de llegada, es decir, el nuevo psiquismo al cual estas dan origen” (p.248).

Para avanzar en la pregunta por la existencia de lo propio en psicoanálisis, que atraviesa esta tesis, es necesario que la crítica antes expuesta no nos conduzca a lo que podría ser su extremo opuesto: la idea de un autoengendramiento o la creencia en que sería posible prescindir de considerar, a cada momento, la función y el papel del otro.

Silvia Bleichmar nos ofrece en *Clínica psicoanalítica y neogénesis* una lectura del debate endogenismo-exogenismo respecto del origen del psiquismo a partir del modo en que cada uno de estos modelos se plasma en dos grandes escuelas del psicoanálisis: Lacan y su teoría del Otro, a la cual ya nos hemos referido, por un lado, y el innatismo en la teoría de Melanie Klein, por el otro.

Desde las posturas endogenistas –donde ubica al Kleinismo- se considera que en el ser humano el origen de la vida coincide con el del inconsciente: ambos encuentran su punto de inicio en la ruptura del equilibrio homeostático que se produciría en el nacimiento. Consecuentemente la dimensión histórica es expulsada del campo de estudio³. En contraposición, posiciones exogenistas como las de Lacan reivindican que el origen del inconsciente debe buscarse en el Otro.

La postura de la autora es más cercana al modelo propuesto por Lacan. Subraya enfáticamente

La idea totalmente revolucionaria de Lacan con respecto a que el inconsciente no es algo del orden de lo biológico, no es algo con lo que se nace: es un efecto de cultura producido a partir de la inclusión del sujeto en relaciones

³ Es decir que produce la misma operación que Castoriadis denuncia respecto de la determinación y que mencionamos en el anterior apartado: una ontología por fuera del tiempo.

estructurantes, en el marco de una organización privilegiada, universal, que es la estructura del Edipo (Bleichmar, 1999, p.22)

Pero al mismo tiempo señala las desviaciones que desde el magistral aporte de Lacan terminaron por conducir a desarrollos teóricos –la cita antes analizada de Doltó vale de ejemplo- en los que la importancia otorgada a la determinación del Otro da lugar a una idea de sujeto pasivo, pura copia de las marcas del Otro primordial.

Por lo tanto, recuperando la idea de *trabajo psíquico* en Freud teoriza un aparato psíquico abierto a lo real y con capacidad de metabolización, de modo que “entre lo que está en el exterior y lo que el sujeto encuentra hay un procesamiento que es absolutamente singular, ‘interior’” (Op. cit, p.36). El aparato psíquico no es mero receptáculo de los significantes del Otro -ni de la acción sexualizante del otro cuyas marcas fabrican un cuerpo contornado por la pulsión- sino que produce elementos nuevos de recomposición y de articulación que dan lugar a un producto novedoso, diferente de lo que el otro ofrece y lo determina, y por lo tanto *propio* y *singular*.

Situamos entonces una operación por medio de la cual un sujeto a partir de las marcas del otro produce algo que nombraremos, al menos por ahora, *propio*. Ahora bien, ¿Dónde situar eso que llamamos propio, en el trabajo o en sus productos? Es decir, ¿nos centraremos en un punto de llegada, un *producto* –que podrá tomar infinitas formas- que presuntamente daría cuenta de un sujeto; o nos enfocaremos en cambio en los modos en que se produce un *trabajo* de construcción de lo propio?

El estorbo de lo *propio*. Profanaciones y sustituciones posibles

Antes de proseguir es necesario detenernos en una referencia problemática. El término “propio” incomoda, no podemos más que sentirlo engañoso o hasta inadecuado ante la ajenidad con la que emergen las formaciones del inconsciente o la apariencia de prestamo con el que se nos presentan las representaciones con las que un sujeto da cuenta de sí mismo o su relación con el mundo.

¿Es el cuerpo algo propio si planteamos el carácter de alienación constitutiva del yo?, ¿lo propio del sujeto no es más bien la posición que toma frente a significantes

que nunca vuelve suyos?, ¿sería posible nombrar la experiencia de lo propio, aunque provenga del otro? y si así fuera, ¿bajo que nominación?

Quizá desglosar su significado nos ayude a salir del atolladero. En esta empresa, será necesario, como paso preliminar, olvidar su carácter de adjetivo – esto es, lo propio como *propiedad* y sus resonancias hacia lo privado- para tomar en cambio su forma verbal. Es decir, rastrear en lo propio el efecto de una operación de *apropiación*.

Bajo esta premisa, la primera definición que nos ofrece el diccionario de la Real Academia Española (de aquí en más RAE) de *apropiar* es “hacer algo propio de alguien”, que resulta un tanto redundante. Ahora bien, en su forma pronominal⁴ arroja:

“Prnl. Dicho de una persona: *tomar para sí* alguna cosa, haciéndose *dueña* de ella, por lo común de propia autoridad” (RAE, s.f., definición 5)

Tomando esta definición, encontramos que la noción de *dueño/ña* refiere a la “Persona que tiene *dominio* o señorío sobre alguien o algo” (RAE, s.f., definición 1). Este término, del latín *dominus* (derivado de *domo* –“casa”) nos resulta fértil en primer lugar por sus resonancias al trabajo de dominio de la pulsión, del cual encontramos múltiples referencias en toda la obra freudiana. En segundo lugar, por las ligazones que desde *domo* (casa) podemos establecer con lo habitable, lo familiar en el sentido del *heim* freudiano. ¿Será lo *propio* el efecto de un trabajo de dominio de la pulsión, la cual entonces coincide con lo no-propio, lo ajeno? ¿Bajo qué mecanismos acontece el “tomar para sí” y a qué clase de *autoridad* podría conducir?

Abandonando la vía semántica, otra es la perspectiva que nos aporta Agamben (2005) y que aun sin coincidir enteramente con la que aquí adoptamos, nos permite avanzar con nuestras preguntas. Si acompañamos el curso de sus hipótesis encontramos que resulta posible *usar* el cuerpo a condición de *profanarlo* (p.97). Este autor advierte enseguida no confundir este uso con las formas utilitaristas que caracterizan al *consumo*: “El uso es siempre relación con un inapropiable; se refiere a las cosas en cuanto no pueden convertirse en objeto de posesión” (p.108). Por la vía de esta noción de uso Agamben nos aporta la

⁴ *Apropiarse*

distinción entre la *posesión* vinculada a un uso orientado al consumo, y el *uso* consecuente a la profanación.

Por otra parte, nos dice que profanar implica dar un *nuevo* uso, que “es, así, posible para el hombre solamente desactivando un viejo uso, volviéndolo inoperante” (p.112). En esta dirección, si acordamos en que la humanización supone un cuerpo que ha sido objeto de goce del Otro, usar el cuerpo requiere efectuar una serie de operaciones sobre esas marcas –que, lo sabemos, en carácter de reprimidas continuarán produciendo efectos en lo inconsciente- para hacer del cuerpo algo *diferente*.

Para Agamben el uso jamás concluye en una *posesión*. En esta tesis, contrariamente, preferimos mantener este término para hablar del cuerpo ya que a nuestro parecer explicita mejor la diferencia con la *propiedad* y sus resonancias con el consumo.

Finalmente, a pesar de las reflexiones que suscitan estas referencias fracasamos en la búsqueda de un término que permita nombrar de manera cabal el enigma que nos ocupa: allí donde pretendemos desembarazarnos de lo *propio* o sustituirlo por un concepto menos incómodo, reaparece una y otra vez. Sin embargo, podemos reconocer que estos circunloquios permiten acotar con mayor precisión ciertos sentidos que podemos darle a esta noción cuando la referimos al cuerpo, en tanto descartamos otros.

Jean Laplanche: Metábola

Luego del examen léxico que nos ocupó brevemente, retomaremos el problema del determinismo -sin desviarnos del problema de lo propio, que continuamos interrogando- para avanzar ahora en algunos conceptos psicoanalíticos que se nos ofrecen como herramientas para aprehender la complejidad de la relación entre el incipiente sujeto y sus otros primordiales.

En este sentido, si un concepto es algo que sirve para sintetizar, consideramos que el de *metábola* de Laplanche permite hacerlo en cuanto a la operatoria del sujeto con lo que viene del Otro.

Su punto de partida es la idea de que el inconsciente parasita la lengua y por lo tanto los significantes del Otro son enigmáticos. En consecuencia, nos dice el autor, se vuelve necesario un trabajo de traducción y transcripción –Laplanche está haciendo uso del modelo del aparato psíquico de la *Carta 52 (1896)*- para incorporar esos significantes. La noción de metábola aglutina las dos modalidades -por analogía (metáfora) o por contigüidad (metonimia)- por medio de las cuales se produce este trabajo de apropiación y simbolización de aquello que parte del Otro y que de otro modo permanecería como un enigma.

Retomando la fertilidad de este concepto y situándose específicamente en la clínica con niños, Silvia Bleichmar (1999) dirá que

La metábola implica que entre lo que la madre o el otro –cualquier otro- ofrece y lo que se recompone en el psiquismo hay un proceso de descualificación y de recualificación que toma los elementos ofrecidos por el otro articulándolos de un modo nuevo. (p.132)

Una nueva composición es lo que Bleichmar ofrece en esta cita como índice de singularidad. No se trata simplemente de que el sujeto construye algo con los elementos del otro sino que en esa composición hay algo del orden de la creación, algo que no estaba en los elementos preexistentes y que excede a su pura combinatoria o a un posicionamiento respecto de ellos. Podríamos decir que algo allí *se posee*, sin sostener por otro lado que necesariamente eso implique alguna clase de *propiedad*.

Piera Aulagnier: Violencia primaria

Retomando lo dicho hasta aquí, sostenemos que un sujeto necesita sentidos, pero al mismo tiempo que esos sentidos estén abiertos a metabolización, es decir, a ser descompuestos y recompuestos en otras articulaciones.

Para comprender la función que el *sentido* tiene para el yo consideramos de utilidad el trabajo que Piera Aulagnier realiza alrededor del concepto de “violencia primaria” en el marco de sus investigaciones en torno a la conformación del yo y al funcionamiento identificadorio. Esta autora se refiere al yo como instancia psíquica

imposible de ser capturada sino en su relación al Otro del lenguaje, pero al mismo tiempo sostiene que es una instancia *identificante*. Respecto a su conformación, Aulagnier (2014) puntualiza:

Si es cierto que todo encuentro confronta al sujeto con una experiencia que se anticipa a sus posibilidades de respuesta en el instante en que la vive, la forma más absoluta de tal anticipación se manifestará en el momento inaugural en que la actividad psíquica del infans se ve confrontada con las producciones psíquicas de la psique materna y deberá formar una representación de sí misma a partir de los efectos de este encuentro, cuya frecuencia constituye una exigencia vital. (p.33)

En el encuentro entre el infans y el adulto encargado de su crianza –que encarna el discurso del Otro- se produce una anticipación sobre la cual se conforma, como un montaje, la representación de sí. En este encuentro se establece una denominación que por medio de una identificación constituye al yo, es decir que el yo se reconoce en aquello que lo nombra.

La “violencia primaria” es entendida por Aulagnier (2014) como una *donación* en tanto

transforma en significación -de amor, de deseo, de agresión, de rechazo- accesible y compartida por el conjunto, lo indecible y lo impensable característicos de lo originario. Esta metabolización operada, en primer lugar, por la madre en relación con las vivencias del *infans* se instrumenta y se justifica, ante ella, por el saber que se atribuye en relación con las necesidades de ese cuerpo y de esa psique. (p.132)

El fundamento de la violencia materna –amenazada siempre de devenir violencia secundaria- es su saber respecto de las necesidades del cuerpo y la psique infantil, que en este punto resultan casi sinónimos.

A la “función reservada al discurso de la madre en la estructuración de la psique” (p.114) le llamaré *función de portavoz*⁵, en tanto este discurso transmite enunciados propios de un conjunto, de una cultura; terceridad presente desde el inicio. Pero lo hará de una forma predigerida y premodelada por su propia psique, lo cual implica no solo el papel del inconsciente materno en esa *traducción*, sino también pone en primer plano la dimensión de la voz como objeto de la pulsión invocante.

Por otro lado, y como complemento de esta noción, Aulagnier formula el concepto de “sombra hablada”, de gran importancia para el tema de esta tesis. Respecto de este indica: “En un primer momento, el discurso materno se dirige a una sombra hablante proyectada sobre el cuerpo del infans; ella le demanda a este cuerpo cuidado, mimado, alimentado, que confirme su identidad con la sombra” (p. 118)

Llama la atención que si bien el concepto que habitualmente utiliza la autora es el de “sombra *hablada*” en esta cita la sombra es “*hablante*”. Esta indeterminación lejos de ser un escollo más bien nos orienta, ya que de lo que se trata es de una figura que se va volviendo visible a partir de lo que se habla de ella, pero de modo tal que quien dona sentidos supone que ya hay un yo –y un cuerpo- que habla de manera autónoma. Y subrayémoslo, quien habla en estos primeros tiempos *es el cuerpo*.

Aulagnier sostiene que el infans encuentra la primera forma de un *exterior a sí* en dos lugares muy precisos: por un lado, el espacio psíquico de quienes lo rodean y muy particularmente el *espacio psíquico materno*; por el otro, su propio *espacio corporal*. El cuerpo se revela originalmente como una primera forma de lo extraño, y esto viene a justificar la necesidad de la intervención del otro. Más tarde, la experiencia de la ausencia y el retorno de ese otro va a ser lo que determine “el reconocimiento de la separación entre dos espacios corporales, y por lo tanto dos espacios psíquicos” (Aulagnier, 2014, p.73). Esto supone ya funcionando en el infans un yo con capacidad para representarse a sí mismo en su relación con el otro, y reconocer su separación; nos habla ya aquí de un yo identificado-identificante.

Para Aulagnier (1994), el reconocimiento del otro es

⁵ Consideramos que sea la madre quien exclusivamente ocupa este lugar una marca de época. Podría ser más preciso ubicar que la función del portavoz, justamente por ser una función, un lugar vacío, es ocupado por cualquier adulto/a que tenga a su cargo los cuidados primarios de un/a niño/a.

la consecuencia del advenimiento en la escena psíquica de una *instancia capaz de autorreconocerse como separada, diferenciada y diferenciable del otro*, y asimismo de un espacio 'fuera del yo (je)' pero esta vez interno. Tomar conocimiento de un "separado", de un "diferente", va de la mano con el *conocimiento de las modificaciones y de la autonomía propias de este "separado" (...) que por este hecho impone una labor de automodificación a ese "yo (je) cognoscente" que solo puede aprehenderse y esto perdurará siempre como verdad, por la representación que él se forja de su relación con el objeto investido. Así es como se inicia este proceso de identificación que engloba a este conjunto de actos psíquicos, permitiéndole al yo (je) autorrepresentarse como el polo estable de las relaciones de investidura que compondrán sucesivamente su espacio, su capital y su mundo relacional*⁶. (p.438)

Resulta interesante en este fragmento cómo la noción de "reconocimiento" pivotea entre dirigirse al yo –autorreconocerse- y dirigirse al otro en un mismo movimiento. A su vez, en esto radica una *verdad* respecto del yo: no le es posible emanciparse de su relación con el otro. Logra su estabilidad –se erige en "polo estable" de sus relaciones- *sostenido* por sus vínculos libidinales e identificatorios.

Esta analista trabaja un yo identificado-identificante como una misma instancia que solo teóricamente podemos desdoblar. Precisamente, su efectivo desdoblamiento y el conflicto entre estas dimensiones como dos instancias diferenciadas caracteriza en su modelo teórico a la psicosis. Sin embargo, justamente la psicosis muestra la forma en la que –aunque pagando el costo de un gran sufrimiento- el yo preserva su trabajo de representación frente a una propuesta identificatoria que resulta inhabitable. Lejos de estar ausente, el yo en la psicosis es el artífice de una reorganización de la relación

⁶ Las bastardillas son nuestras

con las demás instancias psíquicas, y con el discurso del Otro (Aulagnier, 2014, p.195); frente a la carencia o el exceso *crea* sentido, revelando su carácter de artesano⁷.

En conclusión, nos interesan los aportes de Piera Aulagnier al psicoanálisis ya que a la vez que afirma la necesidad de la violencia primaria, el yo que es su efecto resulta un agente que actúa desde el inicio, es decir, que produce una respuesta a la oferta libidinal, representacional e identificatoria del otro. Lo vemos revelarse de forma paradigmática en la *diferencia* entre el tiempo de la sombra hablada y el del yo como instancia identificante y productora de enunciados.

Donald Winnicott: Zona intermedia

Abandonaremos por un momento el psicoanálisis francés para adentrarnos en los desarrollos ingleses, particularmente el trabajo de Donald Winnicott. Su teoría nos ofrece una serie de conceptos que nos permiten trazar un mapa del espacio que separa y a la vez comunica al incipiente sujeto con la realidad, incluyendo allí al otro como diferente de sí.

Este autor da gran importancia a lo sensoriomotor en la constitución de la persona –en nuestro caso preferimos hablar del yo- y en este sentido podemos suponer que cuando refiere al “mundo interior” no da cuenta de una entelequia representacional sino que lo corporal tiene allí un lugar sustancial. Por lo tanto, entrevemos profundas convergencias entre la construcción de un espacio recortado del otro y el armado de un espacio corporal.

Con su teoría de los objetos y fenómenos *transicionales*, Winnicott inaugura entre la realidad interna y lo que llama lo interpersonal, una tercera dimensión. A los efectos de esta investigación esta terceridad resulta de suma importancia ya que a la vez que brinda una posible respuesta a nuestra pregunta por lo propio, subvierte sus

⁷ Por ejemplo, en la creación de un *pensamiento delirante primario* allí donde el portavoz ofrece un enunciado acerca del origen –del yo, del placer, del dolor y del mundo- que contradice la experiencia sensible y afectiva. En este caso el yo logra una interpretación a la violencia secundaria que preserva la continuidad del yo y al mismo tiempo salvaguarda al otro primordial como soporte libidinal necesario.

términos mismos. Pero tendremos que avanzar un poco para dar sustento a esta conjetura.

Lo transicional es el nombre que Winnicott (1971) le da a la *zona intermedia* entre la realidad interior y la vida exterior,

Se trata de una zona que no es objeto de desafío alguno, porque no se le presentan exigencias, salvo la de que exista como lugar de descanso para un individuo dedicado a la perpetua tarea humana de mantener separadas y a la vez interrelacionadas la realidad interna y la exterior. (p.29)

La figura de un *lugar de descanso* nos resulta de enorme fecundidad para comprender aquellas situaciones clínicas en las que un niño se ve atormentado por una actividad incesante, sea bajo la forma de un estado de nerviosismo o la apariencia de una energía inagotable que lo lleva a moverse sin tregua.

Lo transicional como zona intermedia no está dado de entrada sino que debe ser construido. Si esto ocurre, se ofrece como un “descanso”. Podríamos imaginar aquí el descanso entre dos tramos de escalera, lugar de respiro; espacio, nos dice el autor, exceptuado de exigencias para el yo: ni las del ello, ni las del mundo exterior.

Este espacio intermedio pone en suspenso las categorías de lo verdadero y lo falso, que son reemplazadas por la *ilusión*

Cuando su adaptación [la de la madre] a las necesidades del bebé es lo bastante buena, produce en este la ilusión de que existe una realidad exterior que corresponde a su propia capacidad de crear. (Winnicott, 1971, p. 42)

La función de lo transicional se nos presenta, nos dice Winnicott, como un acuerdo tácito entre el bebé y el adulto, consistente en que nunca se le preguntará al primero *¿creaste tú ese objeto o te fue presentado desde fuera?* ya que se acepta que “el bebé crea el objeto, pero este estaba ahí, esperando que se lo crease” (Op. cit, p. 149). Nos presenta así un objeto paradójico, que no es ofrecido por el otro, y por lo

tanto no podríamos adscribirle exclusivamente a su acción los resortes del fenómeno, pero tampoco resulta una creación *ex nihilo* de parte del bebé.

Winnicott nos habla de la ilusión como un espacio potencial entre la omnipotencia –que es del niño pero posibilitada por la madre en su función- y el dominio de lo real. Resulta necesario subrayar de entrada que este autor considera a la ilusión como un campo que permanece durante toda la vida, necesario para sostener el vínculo con un otro. Tal vez valga como ejemplo de esta clase de ilusiones uno al que la literatura psicoanalítica nos ha habituado, el del lenguaje como un instrumento que permite comunicarnos y entendernos.

La paradoja de la *creación* por parte del bebé de un objeto que *ya estaba allí* ofrece una lectura que no se entrapa en la disquisición de lo verdadero o falso. En consecuencia, nos evita la falsa dicotomía que implica oponer lo propio a la preeminencia del otro.

La ilusión, tal como es elaborada en la teoría winnicottiana, refiere a una capacidad de *creación* del niño, que sin dudas es posibilitada por la función parental pero que da cuenta de una clase de producción que no se reduce a lo que desde el otro se provee, ni siquiera bajo la forma de una materia prima.

Los aportes de Winnicott resultan sustanciales para el tema que nos ocupa en esta tesis, nos atreveríamos a decir que en mayor medida aún que los de otros autores analizados. Lo transicional como un intervalo entre el bebé y el adulto, entre el yo y el no-yo, dinamita la idea de lo propio, para sustituirla –explicitamos aquí nuestra hipótesis de lectura- por la ilusión como necesidad de estructura, en términos de condición necesaria para la permanencia del yo.

En este capítulo propusimos un recorrido que partió del cuestionamiento a ciertas ideas dentro del psicoanálisis que privilegiando excesivamente el lugar del otro podrían conducir a posiciones deterministas en la clínica con niños. Esto nos condujo a la búsqueda de otros modelos teóricos que sin desconocer la dependencia del infans le reconocieran una actividad desde el inicio, con operaciones específicas. En esa dirección recuperamos el concepto de *metábola* de Laplanche, las nociones de

violencia primaria e identificación de Aulagnier y el trabajo de Winnicott acerca del *espacio transicional*.

Procuraremos retener estos conceptos como matrices teóricas de nuestras reflexiones, para adentrarnos en el próximo capítulo en el análisis de la constitución del cuerpo en la infancia, sus avatares y condiciones.

Capítulo II. La Pulsión y el Cuerpo. Del Cuerpo de Necesidad al Cuerpo Erógeno

Si partimos del cuerpo pulsional es porque lo propiamente humano encuentra su punto de partida en la subversión de toda matriz biológica. Y al mismo tiempo, en relación a los objetivos de esta tesis, porque no es posible pensar *lo propio* sino en tensión con lo extraño, tanto en la dimensión intersubjetiva como respecto de lo que permanece como interiormente ajeno.

Una breve situación clínica oficiará como disparador de ciertas diferenciaciones que pretendemos ir complejizando conforme avance este capítulo.

Jugamos al fútbol con M. El intercambio con la pelota se acompaña, como todos nuestros juegos, de exclamaciones y saltos de M., gestos grandilocuentes y un monólogo ecológico y verborrágico que no se detiene nunca. Su cuerpo no descansa, y su actividad toda parece estar comandada por el exceso. En cierto momento, el modo en que cruza las piernas me lleva a preguntarle si necesita hacer pis. Sin responderme – como si mi pregunta fuera más bien una orden- se dirige al baño, y al volver gran parte de su agitación ha cedido.

Nos formamos entonces una primera conjetura; que el hecho de que un niño se encuentre permanentemente agobiado por un movimiento de carácter compulsivo, obstaculiza en ciertos casos la capacidad de atender a necesidades fisiológicas, susceptibles de descarga. Y que ello responde a las exigencias de las cantidades –se desliza ya aquí una hipótesis cuantitativa que retomaremos luego- de una excitación interna de carácter constante. Procuraremos desplegar y dar fundamento a estas conjeturas a lo largo del presente capítulo.

Pulsión: concepto fundacional y soporte teórico.

En 1915 Freud caracteriza a la pulsión –a partir de sus diferencias con el concepto de estímulo de la fisiología- por tres cualidades: su proveniencia de fuentes de estímulos interiores al organismo, su emergencia como fuerza constante y la imposibilidad de huida que es su consecuencia (Freud, 2013, p.115). Luego, abandonando ya la vía comparativa, alcanza su definición como

un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante {*Repräsentant*} psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal (Op. cit, p.117)

¿Dónde ubicar al *cuerpo* en esta cita, en lo somático o en lo anímico? En verdad resultaría una pregunta engañosa, en tanto responderla conduce justamente a la necesidad de diferenciar en todo caso un cuerpo somático, el del arco reflejo, de un cuerpo anímico que los representantes pulsionales vienen a contornear. Distinciones que, no debemos olvidar, solo son posibles en las ficciones que llamamos teoría.

Como *concepto fronterizo* la pulsión nos habla de la imposibilidad de separar psique y soma. Freud opta finalmente por definirla por su carácter esforzante, el *Drang*; como una pulsación que hace trabajar al aparato anímico.

Por otro lado, en la teoría que el psicoanálisis ha producido acerca de este concepto enigmático la oralidad se ha vuelto su arquetipo, no sólo por su antecendencia en el tiempo respecto de otras actividades sino porque refleja de manera ejemplar el modo en que una corriente sexual se sobreimprime en la función nutricia. Al principio resulta casi indiscernible la alimentación –la saciedad del hambre por la ingesta de la leche- y la excitación de la boca –la estimulación de los labios y la lengua en la succión- que ocurren simultáneamente. «*Eso entra por la boca*» dice Laplanche (1970) para figurar esa indistinción, de modo que en primer lugar el apuntalamiento consiste en “este apoyo que encuentra la sexualidad incipiente en una función vinculada con la conservación de la vida” (p. 29).

Pero hablar de apoyo es ya anticipar que habrá un salto, un desplazamiento. Si la pulsión se asienta al principio en la función vital es para luego separarse de esta, razón por la cual el prototipo de la pulsión no es el amamantamiento sino el chupeteo. “La sexualidad emerge en el pequeño ser humano por desviación y repliegue autoerótico de los procesos vitales” (Laplanche, 1970, p.69). La vuelta sobre sí implica sustituir el pecho por una parte del propio cuerpo, que en tanto se erige como sustituto implica ya una pérdida de objeto y un reencuentro con algo distinto.

Se produce una verdadera subversión de la función a partir de que la sexualidad interviene en el cuerpo. Freud solo conservará algo de la fisiología, del cuerpo que interesa a la biología, en relación a aquellos procesos somáticos cuyo estímulo tienen el papel de *fuerza* de la pulsión. Al respecto, Laplanche recupera aquello que Freud trabaja como “fuentes indirectas” en *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905), donde afirma

La excitación sexual se produce como efecto marginal [retengamos bien este término, efecto marginal: *Nebenwirkung*; es el que en realidad define el apuntalamiento en su doble movimiento de apoyo y después de separación, de desviación] de toda una serie de procesos internos [excitaciones mecánicas, actividad muscular, trabajo intelectual, etc.] en cuanto la intensidad de estos procesos ha traspasado determinados límites, cuantitativos. Lo que hemos denominado pulsiones parciales de la sexualidad deriva directamente de estas fuentes internas de la excitación sexual o representa un efecto combinado de estas mismas fuentes y la acción de zonas erógenas (Freud, 1905, como se citó en Laplanche, 1970, p.34)

Un motivo de índole económica define aquí que un proceso fisiológico sea la fuente de una pulsión parcial. Y es esta dimensión, la cuantitativa, la que mejor permite comprender que cualquier proceso vital –en un órgano interno o sobre la piel, en una actividad muscular o hasta intelectual- pueda constituirse como zona erógena.

Por otro lado, también concebimos a las zonas erógenas como los sitios privilegiados por los que “se introduce en el niño ese cuerpo extraño interno que es, en realidad, la excitación sexual” (Op. cit., p.37), una *perforación localizada* en la unidad del soma que se asienta como un orificio de pasajes e intercambios.

La situación originaria

La definición de las zonas erógenas como zonas de *intercambio* nos hace advertir enseguida la necesidad de situar la función del otro. La sexualidad adulta se implanta en el infans por intermedio de los cuidados al recién nacido, a través de tareas que se

concentran en ciertas partes del cuerpo que son aquellas que definimos como zonas erógenas. Además, sobre el niño se vuelcan significantes del mundo adulto, en una absoluta desproporción entre lo que ingresa y los medios de decodificación de los que este dispone.

En contra de las versiones más endogenistas, que están presentes en ciertos momentos de la obra de Freud, y habiendo sido alcanzado por la enseñanza de Lacan, Jean Laplanche sitúa el fundamento de lo humano –entendido como punto de partida y como universal- en la *situación originaria*, la confrontación del recién nacido con el mundo adulto.

A decir verdad, Freud mismo –en contra de los deslices endogenistas que Laplanche evidencia en ciertos escritos, como aquellos en los que nos detuvimos para definir a la pulsión- plantea ya en el *Proyecto de una psicología para neurólogos* (1895) que la satisfacción requiere “una alteración en el mundo exterior (provisión de alimento, acercamiento del objeto sexual) que, como acción específica sólo (...) sobreviene mediante auxilio ajeno” (Freud, 1992, p.362). Esto significa que es necesario que un *individuo experimentado* advierta el estado del niño –su acción inespecífica: llantos, gritos, pataleos- para que se produzca la satisfacción. Y Freud agrega que de esta manera esa vía de descarga cobra “la función secundaria, importante en extremo, del entendimiento {*Verständigung*; o comunicación}” (Op.cit, p. 363). Es decir que el auxilio ajeno transforma la descarga en *llamado*.

Este encuentro, lejos de ser la reunión armónica de dos elementos que se amalgaman está marcado de entrada por una asimetría sexual y simbólica, que parasita y pervierte el orden vital natural. Es por esto que Laplanche propone en sus *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis* (1987) a la *seducción* como hecho rector del psicoanálisis.

Su *Teoría de la seducción generalizada* le da carácter universal a la vivencia sexual traumática que Freud sostuvo como hipótesis causal de la histeria hasta 1897 para reubicarla -despojándola de su carácter patológico y por lo tanto de su valor de

hipótesis etiológica- como situación estructural que explica la constitución del inconsciente y la pulsión⁸

La *pasividad* que caracteriza al infans—su *Hilflosigkeit*, la inmadurez para la reacción somática y su incapacidad de representación- que antes situamos como la motivación del *auxilio ajeno*, es lo que le permite a Laplanche hablar de una *seducción* ejercida por el adulto, una acción que es vivenciada como irrupción, ataque. Puesto que el adulto, que ha accedido ya a una sexualidad genital, conserva en lo inconsciente una sexualidad paragenital –infantil, perversa polimorfa, reprimida- frente al niño “será particularmente desviante, propenso a la operación fallida y hasta al síntoma en esta relación con ese otro él mismo, ese otro que él mismo ha sido” (Laplanche, 1987, p. 107). La situación originaria se desenvuelve entonces en dos planos distintos: por un lado, una relación de cuidados donde podría hallarse algún tipo de intercambio; por el otro, una relación erótica absolutamente desigual.

En su estado de desamparo el niño se ve confrontado con la sexualidad inconsciente del adulto, que infecta su auxilio. Pero, al mismo tiempo, la pulsión que a partir de allí se instala y empuja [*Drang*] es lo que obliga a un trabajo de dominio y simbolización que es el motor del trabajo psíquico, el origen de toda representación.

La pulsión como ataque interno

Tal vez sea necesario avanzar más despacio, incluso volver sobre nuestros pasos, para examinar la complejidad de este concepto fundamental; ya que si la pulsión motoriza un trabajo de simbolización es porque urge defenderse de su empuje. La sexualidad infantil deviene autoatacante y el incipiente sujeto deberá encontrar modos de defensa y ligazón de los representantes pulsionales.

La *transformación en lo contrario* y la *vuelta sobre la persona propia* como destinos pulsionales que Freud trabaja en su texto de 1915 nos hablan de formas defensivas que dan cuenta de un recorrido que ya incluye al objeto, y por lo tanto implican una primera forma del yo.

⁸ Laplanche (1987) *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. La seducción originaria*. Buenos Aires: Amorrortu. (p. 108-124)

Cabe preguntarse, sin embargo, cuál es el carácter de esto que llamamos “yo” en este caso, e incluso si es adecuado darle este nombre. Sin dudas no se trata de la forma total del yo narcisista sino de un primer espacio –un rudimentario sí mismo quizás- diferenciado de ese entramado pulsional que se presenta como una absoluta ajenidad.

De esta manera entendemos el carácter defensivo y estructurante de estos destinos pulsionales “cuya aparición marca el primer tiempo de la represión originaria, represión fundante de este aparato, y de la diferenciación entre los sistemas inconsciente y preconscious-consciente” (Bleichmar, 2015, p.67). Esto nos permite introducir la dimensión tópica en nuestro análisis, en tanto la represión originaria define una serie de tiempos que producen el clivaje del aparato psíquico, coincidiendo con la fijación de la pulsión al inconsciente. Una vez inaugurada la oposición de un adentro y un afuera, podemos comprender al yo como emplazamiento interior definido a partir de una doble exterioridad: la realidad exterior, como externo-exterior, y el inconsciente, como externo-interior. En consecuencia, diremos que el yo se apropiará de una parte del cuerpo –aquella de la cual Lacan puntualiza su carácter imaginario- mientras que otra continuará siéndole ajena. Diferenciamos entonces dos dimensiones del cuerpo aunque tal vez sea más preciso hablar de dos cuerpos distintos.

Ahora bien, ¿qué ocurre ante un fracaso en estas defensas? No nos referimos aquí a la grieta que define al síntoma, sino a la falla que deja a la pulsión librada a la compulsión de repetición. Si, recordémoslo, esta se define para Freud por lo constante de su empuje, entonces el fracaso de la ligazón equivale a volver infértil todo intento de evacuación.

Ligazón y simbolización son las armas del yo frente al embate de la pulsión. El lenguaje y el cuerpo erógeno se anudan y también se desanudan. Advertimos que algunos pacientes que no pueden detener su movimiento –deambulan, se agitan, saltan- al mismo tiempo mantienen una relación que podríamos llamar metonímica con el lenguaje: las palabras y las frases se suceden una a otras en un fluir sin punto de corte. Puro movimiento.

En ocasiones, al *no encontrar* la palabra que buscan –el nombre de algo, la respuesta a una pregunta que se les hizo– comienzan a dar vueltas o repetir listas sin sentido aparente, y nos preguntamos ¿es aquí el movimiento un modo de descarga frente a tensión producida por esa palabra que falta?, ¿o es la imposibilidad de inhibición del cuerpo la que produce la verbosidad?

En estos momentos, elegimos no interpretar. Más bien buscamos la construcción de diques y canales accionando conjuntamente desde elementos lingüísticos y paralingüísticos. El trabajo que lleva adelante Bleichmar con el concepto de “vías colaterales” de Freud –que desarrollaremos luego– nos ayuda a entender qué hacemos cuando nos ubicamos a la altura del niño, lo sostenemos para mirarlo, bajamos el tono de voz, le pedimos que hable más despacio, o proporcionamos –sin más asiento que la conjetura– palabras que permitan ir tejiendo una historia. Nos adentramos en lo *enmarañado* del asunto y ofrecemos vías de ligazón y simbolización que permitan el curso de la energía.

Coincidimos en este punto con Bleichmar (2014) quien propone que en las llamadas hiperkinesias infantiles nos encontramos con modos de descarga indiferenciados donde los incrementos o disminuciones de la excitación no reciben una *cualificación* (p.508), un sentido. Sin esa posibilidad de imprimir cualidad a la cantidad –muchas veces por la ausencia de una oferta de significantes por parte del otro adulto– no es posible dar curso al trabajo de condensación y desplazamiento propios del principio del placer.

Inhibición: un concepto que no puede ser soslayado

En el recorrido teórico que desplegamos en este estudio creemos necesario profundizar el examen de la inhibición, ya que a nuestro parecer resulta un concepto clave en la constitución del cuerpo en la infancia. No nos interesa aquí su lugar en la psicopatología sino interrogar su acción como *barrera* al desborde provocado por las formas desligadas de la pulsión. Es decir que no nos detendremos en la versión

sintomática de la inhibición⁹ sino en aquella otra, menos presente en la obra de Freud, que permite ubicarla como una operación primaria.

Con este fin retomaremos la Primera parte del *Proyecto*, obra temprana de Freud a la que ya hicimos referencia, ya que en ella encontramos un primer modelo de esta clase de inhibición.

En este trabajo Freud parte de la noción presente en la neurofisiología de la época, donde la inhibición se propone como el reverso de la excitación que impidiendo su curso libre permite establecer un determinado *circuito*. Pero avanza al incluir al yo como una parte de Ψ afirmando sin embargo que presenta una organización distinta al resto del aparato: en lugar de buscar la descarga, *retiene* la excitación constituyéndose como una red, un conjunto organizado.

La noción de red, en primer lugar, se presenta como algo más estático, más cerrado que la imagen de los sistemas mnemónicos cuyas bifurcaciones tenían por función evacuar la energía y no retenerla. (...) De allí la expresión *bien facilitadas entre sí*, que indica que en el interior del sistema del yo las comunicaciones son buenas mientras que en su periferia, por el contrario existen barreras que restringen el intercambio; de esta manera el yo aparece como una especie de depósito en cuyo interior actúa el principio de los vasos comunicantes, permitiendo la distribución de la energía a un nivel uniforme, mientras que, con respecto al exterior, se mantiene una diferencia de nivel (Laplanche, 1973, p. 87)

Un yo con función inhibidora, definido por la constitución de una barrera que separa por primera vez el interior y la periferia. Freud nos propone en este modelo una *rebaja* de la excitación del aparato que es la consecuencia de la *retención* de una parte de la energía. Y al mismo tiempo un yo que se constituye en esa misma operación, al impedir la libre descarga y dar origen a una circulación diferente de la energía.

⁹ Freud (2022) Inhibición, síntoma y angustia (1923) En *Obras completas*. T. XX (2ª Ed) Buenos Aires: Amorrortu. (p. 71-165)

Más adelante retomaremos esta idea, pero adelantémonos a señalar que ese reordenamiento de las cargas coincide con la posibilidad del yo de *hacer uso* de las mismas. Encontramos en esta premisa una vinculación con aquel uso del cuerpo que situábamos de la mano de Agamben en el capítulo anterior, y que tenía como condición la profanación del mismo.

De las formulaciones contenidas en el Proyecto, entonces, conservemos los conceptos de *rebaja* y *retención* como orientadores; y adelantemos la hipótesis de que son condiciones para la apropiación del cuerpo en la infancia.

Una lectura económica de los orígenes del psiquismo

Silvia Bleichmar propone un modelo de los orígenes del psiquismo en *La fundación de lo inconsciente* (1993) a partir de rastrear en la obra freudiana – desde el *Proyecto* hasta *Más allá del principio del placer* pasando por *Pulsiones y destinos de pulsión*- una tónica que se va estructurando por modos de circulación y ligazón de la energía psíquica.

Siendo discípula de Laplanche continua en la dirección trazada por su pensamiento -al que hicimos referencia antes respecto de su Teoría de la seducción generalizada- pero avanza un poco más a partir de recuperar el concepto de *vías colaterales* del *Proyecto de psicología para neurólogos* de Freud, para ofrecer una teoría de las operaciones fundantes del psiquismo desde el punto de vista económico. Su estudio nos permite hacer una lectura, poniendo ahora el acento en la dimensión económica, del pasaje del soma al cuerpo sexuado y de las primeras defensas que permitirán posteriormente alcanzar una representación -narcisista, imaginaria- del cuerpo propio.

El punto de partida ya nos es claro: en la búsqueda del objeto nutricio el recién nacido se encuentra con un objeto sexual -el pecho- que en lugar de apaciguar la necesidad por el contrario produce excitaciones ahora de carácter endógeno y constante. La lectura que hace Bleichmar (2002b) del *Proyecto* permite ahondar en los efectos de esta operación:

el remanente excitatorio, producto de este encuentro, tenderá a la descarga o a la ligazón bajo el modo de un investimento colateral de representaciones (vías de facilitación conexas).

Una sola energía, del lado del psiquismo incipiente —por otra parte, todo el modelo del *Proyecto* cabalga sobre la idea de una sola energía que se organiza bajo formas de pasaje diferentes— encuentra modos de ligazón a través de investimentos colaterales que la reparten. (p.41)

Un resto de excitación sin posibilidad de descarga solo puede rebajarse —vemos como ya el principio de constancia ha reemplazado al principio de inercia- con el auxilio de la ligazón. La única alternativa posible es *repartir* las cantidades, *ampliar* los territorios corporales más allá de las zonas erógenas donde la pulsión encuentra sus puntos de fijación.

Freud (1992) nos dice

Si una neurona contigua es investida simultáneamente, esto produce el mismo efecto que una facilitación temporaria de las barreras-contacto situadas entre ambas y modifica el decurso, que de otro modo se habría dirigido por una barrera-contacto facilitada. Una *investidura colateral* es entonces una *inhibición para el decurso de Qn*. Representémonos al yo como una red de neuronas investidas, bien facilitadas entre sí, de la siguiente manera [véase figura más abajo]: Una Qn que desde fuera (Ψ) penetra en [la neurona] *a*, y que en ausencia de influjo habría ido a la neurona *b*, es influida de tal modo por la investidura colateral en *a*, α , que sólo libra hacia *b* un cociente, y eventualmente no llega nada a *b*. Por tanto, si existe un yo, por fuerza *inhibirá* procesos psíquicos primarios. (p. 368)

La inhibición del pasaje de excitación se produce por la investidura de una vía contigua. Bleichmar toma la cita freudiana pero sustituye el yo *del niño* por el yo *de la madre*, una torsión que resulta fundamental para comprender de qué se tratan estas

inhibiciones en el pasaje de la excitación que la pluma de Freud nombra investiduras colaterales

En el momento del amamantamiento la *madre, provista de un yo, capaz de investir narcisísticamente al bebé y no sólo de propiciar la introducción de cantidades sexuales puntuales, no ligadas*, acariciará las manitas, sostendrá la cabeza con delicadeza, acomodará las piernas del cachorro, generando a partir de esto vías colaterales de ligazón de la Qn que ingresa. (Bleichmar, 2002b, p. 42)

Es la madre quien ve en el niño algo más que una boca que succiona y al amamantarlo también lo mece, le canta y lo acaricia. Y de este modo aporta vías colaterales por las que la energía circula, generando una trama propicia para que el yo pueda luego instalarse. *Si existe un yo*, nos dice Freud, *por fuerza inhibirá procesos psíquicos primarios*. Siguiendo a Bleichmar agregaríamos que lo hará *sobre el molde de la inhibición que opera en la madre* y que regula sus modos de apropiación del cuerpo del niño.

Lugar de la inhibición entre expulsión e introyección

En “El cuerpo del analista” Omar Amorós (2017) hace un minucioso trabajo sobre las operaciones primordiales de introyección-expulsión presentes en la obra de Melanie Klein, y señala que

Freud trabaja en “Pulsiones y sus destinos” una operación que es una incorporación de placer (que es lo que Melanie Klein va a poner a cuenta del objeto bueno) y una expulsión de displacer (que es la base de la constitución del objeto malo). Es decir, Freud está pensando una operatoria primaria que no es con la representación, sino con el cuerpo; introyectar y expulsar supone el cuerpo. Lo que, a mi entender, agrega Melanie Klein es que esa operación se hace con el cuerpo materno. (p.81)

Para explicar el curso de la energía en los primeros tiempos no basta, como ya lo señalábamos siguiendo a Bleichmar, con las leyes del aparato psíquico. Es la presencia del adulto lo que permite y explica que lo expulsado sea algo distinto a lo que retorna, y que es introyectado bajo la forma del objeto placentero. El placer impera “porque algo de lo expulsado queda en el cuerpo materno” (Op. cit, p.82).

Pero el aporte de Klein no resulta suficiente y es preciso incluir a Winnicott para invertir los lugares e indicar que las operaciones parten del campo del Otro, es el sostén o *holding* materno lo que permite instaurar la relación de objeto (p.84); es decir que estas operaciones primordiales de introyección-expulsión no son tanto *con* el cuerpo materno sino *desde* este.

Es necesario en este punto avanzar lentamente para capturar los efectos que se desprenden de esta idea. Lo que nos interesa sustancialmente de la lectura que este analista realiza de la teoría winnicottiana es que si el bebé toma a la madre como objeto pulsional, inversamente –y al mismo tiempo- “la madre tiene que poder tolerar el uso que el bebé hace de su cuerpo”; de su lado “no hay empuje pulsional sino sostén” ¹⁰ (p.85).

El niño pequeño es *extractivista*, en tanto explota los recursos naturales hasta agotarlos; es demandante, intolerante al displacer, la renuncia o la demora. Desde esta perspectiva, el *sostén* del que habla Winnicott implica poder soportar esta particular clase de uso que el niño hace del cuerpo del otro.

Si luego de esta puntualización retrocedemos y releemos a Freud en “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915) descubrimos un yo que se constituye en tanto el cuerpo materno soporta ser el reservorio de montos de displacer, como condición para que se produzca la introyección de algo distinto –placentero y, como subraya Amorós, localizado en el cuerpo- que sienta las bases de la relación de objeto.

Por otro lado, la función de sostén coexiste con una “expulsión de la lógica orgásmica” (p.90), es decir un modo de satisfacción marcado por el ascensos y caídas

¹⁰ Como ya hemos establecido, coincidimos con esta formulación solo bajo la aclaración de que esta es una de las dimensiones de la función materna, que se acompaña indefectiblemente de un empuje pulsional que también parte de ésta –como otra dimensión- y que en todo caso la prevalencia de la primera testimonia la represión acontecida para la segunda.

súbitas. Y Amorós propone ligar esa expulsión –de la cual afirma que se hace con el cuerpo antes que con el símbolo- al acceso a la posición en la que un sujeto es capaz de “hacerse objeto del propio deseo” (p.92).

Hablamos de un pasaje de ese primer tiempo que nombramos como seducción del adulto, y que implica un sujeto tomado por el deseo del otro, a la posibilidad de reconocer un deseo como propio. Pero para ello Amorós puntualiza una serie de condiciones:

Hacerse objeto del propio deseo implica la instrumentalización del cuerpo propio. Y esta instrumentalización solamente se hace con operaciones de inhibición. Para adquirir y tener habilidad hay que inhibir los movimientos. (p.94)

Retornamos a nuestra pregunta por el concepto de inhibición, ahora desde otra perspectiva. Resulta de enorme importancia para esta investigación aquello que se menciona como “*instrumentalización del cuerpo propio*” y que, siguiendo a Amorós, se sirve de las operaciones de inhibición como su herramienta príncips. Para dominar un movimiento, es necesario inhibir otros, para hablar la lengua materna es necesario incapacitar al aparato fonador de producir ciertos sonidos para conservar solo aquellos que le corresponden. De esta forma la inhibición se revela como un largo y lento proceso, la iteración de un freno que interrumpe un movimiento y en virtud de la cual algo comienza a desvanecerse hasta su abandono.

Pero si la inhibición es una acción silenciosa, que difícilmente advertimos, su inoperancia en cambio no pasa desapercibida. Se evidencia en tropiezos y caídas, falta de coordinación, movimientos bruscos, dificultades en la escritura, habla acelerada, gritos, etc. ¿Qué significa que el cuerpo propio se instrumentalice?, ¿Es acaso por esa instrumentalización que le vale el calificativo de “propio”?

A menudo nos encontramos con niños en los que esa apropiación e instrumentalización del cuerpo parece no haber tenido lugar; niños que saltan, giran y se agitan por el consultorio pero que además tienen la particularidad de *narrar un juego sin jugarlo*. Como si vieran frente a sí la película de un juego que reproducen,

arrojando un monólogo apretado que ni incluye ni se dirige al otro allí presente. Si, en la dirección en la que nos orienta Amorós, pensamos el cuerpo del analista como superficie de escritura (Op. cit., p.133) la propuesta será disponer el cuerpo para la acción, poner en juego el cuerpo en el tejido de una historia. Una composición del cuerpo al mismo tiempo que se compone una ficción lúdica.

Sólo a condición de soportar la excitación y recibir un flujo de palabras e ideas que puede resultar verdaderamente asfixiante es posible que retorne un juego como acción placentera entre analista y paciente. Y ello sin perder el lugar central del esforzante trabajo de inhibición que el niño debe practicar para esa puesta en escena que requiere la instrumentalización del propio cuerpo.

Nos representamos así un trayecto en el cual a condición de que un resto sea expulsado tiene lugar una apropiación del cuerpo que permitirá usarlo, esto es, transformarlo en un *instrumento* y no tan solo un *utensilio*. Tal es el término que Lacan (2015) utiliza para plantear una oposición entre los objetos propiamente humanos, aquellos susceptibles de separarse de su función (p.163), y utensilios independientes de quien los use.

En la octava clase del seminario *Los escritos técnicos de Freud (1953-54)* analiza la presentación del “Caso Roberto” de Rosine Lefort; y en la descripción que la analista realiza al inicio del tratamiento nos dice que Roberto

Tenía desde el punto de vista motor, marcha pendular, gran incoordinación de movimientos, hiperagitación constante. Desde el punto de vista del lenguaje ausencia total de habla coordinada, gritos frecuentes, risas guturales y discordantes (...) Desde el punto de vista del comportamiento era hiperactivo, todo el tiempo estaba agitado por movimientos bruscos y desordenados, sin objetivo, (Lacan, 2015, p. 145-146)

En palabras de Lefort “Roberto no era más que una serie de objetos por los que entraba en contacto con la vida cotidiana, símbolos de los contenidos de su cuerpo” (Op.cit. p.150). Es decir que todas sus funciones corporales carecían de sentido o, lo

que es lo mismo, no podían separarse de la pura función neurobiológica. Sin un continente, Roberto se desagregaba en objetos inconexos y movimientos sin dirección.

Pero lo que nos interesa sustancialmente del caso es que lo que permite que Roberto logre construirse un cuerpo, hacerle un continente a la motricidad perturbada, es la presencia del cuerpo de la analista: sus interpretaciones, sin duda, pero más aún su permanencia pese a la destructividad que Roberto vuelca sobre su cuerpo, al extenuante uso que el niño hace de este.

Para Roberto, afirma Lacan, la perturbación se sitúa en el plano de la función de imagen del propio cuerpo, concepto que abordaremos en el próximo capítulo. Entre el funcionamiento sensoriomotor y esta dimensión imaginaria del cuerpo, hay una distancia. Desfasaje entre funcionamiento y función. De esta manera, podemos afirmar que si el cuerpo puede “separarse en partes” –solo metafóricamente- y pasar a ser, de tanto en tanto, una mera herramienta al servicio de una función es necesariamente a condición de que el yo no ceda su lugar de continente, es decir, que la función de síntesis del yo no se vea amenazada.

Las referencias a la función de síntesis del yo, su lugar de continente, su carácter unitario introducen ya el trabajo que nos ocupará en nuestro próximo capítulo, en el que abordaremos las vicisitudes de la relación del yo y el cuerpo.

Capítulo III. Del Narcisismo al Estadio del Espejo: la Constitución del Cuerpo como

Unidad y sus Vicisitudes

En la constitución del cuerpo en la infancia, tema que aborda esta tesis, el emplazamiento de aquello que en el psicoanálisis llamamos *yo* es un punto de inflexión. Si en el segundo capítulo nos detuvimos en un análisis del yo desde una perspectiva económica, ahora nos proponemos abordar su dimensión narcisista o, en términos de Lacan, imaginaria.

El yo se presenta como instancia ligadora de mociones pulsionales, aspecto cuantitativo, pero al mismo tiempo como primera forma del objeto de amor, que inaugura una representación que sí que incluye al cuerpo como superficie.

En vistas de nuestro objeto de investigación, lo que nos permite articular ambas dimensiones, a saber el yo como objeto de amor y como unidad imaginaria-representacional, es el concepto de *narcisismo*. Por lo tanto, desde allí partirá nuestro análisis para luego alcanzar la configuración del cuerpo como unidad imaginaria a partir de lo que Lacan teorizó como *estadio del espejo*. Finalmente, daremos lugar a ciertas dificultades que emergen en la práctica con niños y permiten inferir accidentes en la conformación de esta dimensión del cuerpo.

Lugar del Narcisismo en la Conformación del Yo y Relaciones con la Pulsión

Estasis libidinal: El yo como objeto de amor

Si nos proponemos un recorrido de investigación que permita elucidar la relación entre la instalación del yo y el armado del cuerpo, sin dudas *Introducción del narcisismo* es un pasaje ineludible.

En este artículo de 1914 Freud (2013) parte de una premisa: “Es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que ser desarrollado” (p. 74).

Es decir que la introducción del concepto de narcisismo en la teoría psicoanalítica es un modo de dar respuesta a la pregunta por el *desarrollo del yo*. Freud dirá que en el comienzo de la vida psíquica encontramos al autoerotismo -como residuo de la implantación pulsional, añadiríamos- y que algo deberá agregarse, algo

tendrá que ocurrir, para que el narcisismo se configure. En ese pasaje que Freud deja en suspenso –bajo la ambigüedad de la “nueva acción psíquica”- Lacan teoriza el Estadio del espejo, que retomaremos más adelante.

Luego de la formulación del concepto de narcisismo el yo deja de ser el reducto antagónico y apartado de la sexualidad para revelar su carácter libidinal. Freud ofrece en este escrito una hipótesis paradójica de la constitución del yo mediante la figura de una “*originaria investidura libidinal del yo, cedida después a los objetos*” (p.73). La investidura del yo como objeto de la libido supone la preexistencia del yo como instancia, pero al mismo tiempo Freud propone la teoría del narcisismo como argumento que da cuenta del origen del yo. Podríamos conjeturar que formula una hipótesis económica –una colocación de la libido, una estasis libidinal- para la constitución de la tópica del yo.

Por otra parte, vemos aparecer en este escrito el concepto de *narcisismo primario*. Esta noción de enorme complejidad fue retomada por Freud en otros momentos de su obra y ha despertado grandes debates al interior del psicoanálisis. En este trabajo nos limitaremos a señalar el modo en que en 1914 ubica, en la construcción de este *primer tiempo* del narcisismo –¿momento en lo histórico-vivencial o mito que sostiene una necesidad lógica en su argumentación del narcisismo secundario?- ciertos rasgos que señala como propios de la vida anímica infantil: la omnipotencia del yo y el desinterés respecto del mundo exterior.

A decir verdad, Freud reconstruye el narcisismo infantil a partir de la conjetura de su renacimiento –trasmudado en amor de objeto- bajo la forma del amor parental, que define por la idealización del niño y el restablecimiento de aquellos deseos que antaño debieron ser resignados. En este escrito puntualiza:

Enfermedad, muerte, renuncia al goce, restricción de la voluntad propia no han de tener vigencia para el niño, las leyes de la naturaleza y de la sociedad han de cesar ante él, y realmente debe ser de nuevo el centro y el núcleo de la creación. *His Majesty the Baby*, como una vez nos creímos. (Op. cit, p. 88)

Podríamos creer entonces que el narcisismo infantil se asemeja a una experiencia idílica, en la que en virtud del amor parental –entendido como narcisismo redivivo de los padres- el niño resulta el depositario de todos los dones y privilegios, y se ve exento de toda renuncia al placer. Sin embargo, esta situación contrasta con ciertos pacientes que al mismo tiempo que parecen no investir libidinalmente ningún objeto, permanecen por lo tanto en un estado *narcisista* -esto es, de desinterés por el mundo exterior y por fuera de “las leyes de la naturaleza y la sociedad”-, por otra parte lejos de habitar una posición de privilegio parecen más bien estar luchando permanentemente con una fuerza amenazante; niños que en el intercambio con el otro se ven incómodos y tensos, inundados de displacer.

De esta manera, nos preguntamos ¿es verdaderamente esta estasis de libido en el yo que Freud nombra narcisismo un lugar tan beatífico?, ¿Hasta qué punto coincide con la posición de poder del soberano ante el cual se detiene el tránsito? ¿Tiene el narcisismo sus inconvenientes o la incomodidad de la que somos testigos revela en cambio una *falla* en este? A continuación daremos lugar a estas preguntas, como rodeo necesario más sin perder nuestro horizonte en este capítulo. Esto es, esclarecer las consecuencias determinantes que el narcisismo, en tanto fundamento del yo, tiene en la conformación del cuerpo, al punto que a partir de allí le reconocemos a esta objeto una dimensión que llamamos narcisista.

Fragilidad narcisista

Luego de dar lugar a la hipótesis del narcisismo como un estado de estasis libidinal en el yo, Freud se cuestiona *¿En razón de qué se ve compelida la vida anímica a traspasar los límites del narcisismo y poner la libido sobre los objetos?*

La respuesta que da invoca una motivación económica: si la investidura supera cierta medida, es sentida como displacer. Luego, el desarrollo argumentativo lo conducirá al examen de la vida amorosa, y es esta perspectiva la que retoma André Green y que permite, a nuestro entender, complejizar la respuesta al interrogante freudiano. Green (1986) dirá que si el narcisismo permite borrar las huellas de la insatisfacción a la que conduce el deseo del otro, al convertirse en su propio objeto de deseo, al mismo tiempo se comprueba que “la independencia que de este modo

adquiere el yo respecto del objeto es preciosa, pero es precaria. Nunca podrá el yo reemplazar totalmente al objeto” (p.23).

De esta manera el narcisismo se sitúa como una forma por la cual “la libido puede organizar sobre sí misma una presencia permanente del objeto de amor, sin pérdida, conservándolo” (Bleichmar, 2016b, p.128) pero lejos de ser un estado ideal de grandor del yo, el narcisismo se revela en su fragilidad, siendo su precariedad el motivo para su abandono.

En esta misma dirección Laplanche (1973) advierte los riesgos de la concepción del narcisismo como “un primer estado hipotético en el que el organismo formaría una unidad cerrada con relación a su entorno” (p.97), un modelo de corte biologicista - sostenido en general por la metáfora freudiana de la ameba y sus pseudópodos- que comprende al narcisismo como un primer tiempo psíquico, anterior a la diferenciación del yo.

En este sentido, y retomando el planteo de Green, nos importa señalar la fragilidad de un yo encerrado en sí mismo, desligado del otro humano. Porque de lo que se trata en el narcisismo es de la investidura no del organismo, del in-dividuo, sino del yo como instancia psíquica, cuya conformación implica una complejidad en la que no es posible desembarazarse en ningún momento del papel del otro. En todo caso, la mónada será un mito construido apres-coup, como objeto de añoranza.

Narcisismo y desdoblamiento de la función del otro

Con la intención de acentuar la función determinante del otro en la constitución del narcisismo, Silvia Bleichmar propone el concepto de *narcisismo trasvasante*, que desarrolla a lo largo de toda su obra. Al adjetivar así al narcisismo señala como condición de su advenimiento a la función narcisizante del adulto, que permite la ligazón y retranscripción de las huellas de la sexualidad desagregante que su propia acción sobre el cuerpo del infans ha implantado.

Bleichmar (2015) explica este desdoblamiento de la función materna¹¹ en los siguientes términos:

En el nacimiento del hijo, la madre, como sujeto escindido, posee tanto la capacidad de amor narcisista (que permitirá la unificación libidinal del niño en la constitución de la tópica yoica) como un conjunto de deseos reprimidos que tienen su sede en el propio inconsciente materno. Como sujeto de deseo y contracarga, aquello que ella ejerza en el cuerpo del niño no será verbalizado sino como prohibición. De esta manera, la madre introducirá su sexualidad brutal a través de la limpieza del ano, y al formular posteriormente -cuando el niño haga uso del autoerotismo a fin de recrear los cuidados excitantes que lo constituyeron- la frase: «Los niños no se tocan la cola», generará por medio de la palabra la contracarga pulsional que ha de operar como motor de la represión en el aparato psíquico infantil. (p.139)

En primer lugar, a pesar de que la autora ubica en la cita mencionada la palabra como motor de la represión, por nuestra parte –y apoyándonos incluso en desarrollos posteriores de la misma Bleichmar¹²- creemos que es fundamental subrayar que esta es una operación que tiene su anclaje en el cuerpo, en donde la palabra –al menos si se circunscribe a su verbalización- es secundaria, ya que previamente lo que ingresa es la dimensión sonora del habla, como sensorialidad productora de placer. Y por lo tanto antes de la frase «Los niños no se tocan la cola» se

¹¹ Hablaremos en lo sucesivo de “función materna” y de la relación entre “la madre” y “el niño” para atenernos a la letra del texto citado. Sin embargo, las formulaciones aquí planteadas se corresponden sin distinciones de género a toda situación en la que un/a adulto/a lleva adelante las tareas de crianza y cuidado de un/a niño/a en el marco de la dependencia que impone su desvalimiento.

Justamente la posibilidad que nos ofrece las teorizaciones de Bleichmar de sustituir las nociones de función materna o función paterna por las de función sexualizante, función narcisizante o función de prohibición/pautación permiten eludir las confusiones que podrían desprenderse de creer que existe una relación necesaria entre estas funciones y uno u otro género.

¹² Vale como ejemplo su trabajo sobre el concepto de *vías colaterales*, que hemos recuperado en el segundo capítulo de esta tesis.

habrán instalado ya modalidades de contacto y escansiones que harán de la piel un medio de intercambio tierno con el otro y no mera superficie erógena.

En segundo lugar, el núcleo del planteo de Bleichmar en este párrafo: la constitución de la tópica del yo requiere que se configuren dos espacios separados, para lo cual es condición que la madre actúe desde un aparato psíquico clivado. Es decir, que accione simultáneamente instilando la sexualidad en el niño –desde deseos que permanecen inadvertidos por su carácter inconsciente y reprimido- y al mismo tiempo encarne las funciones de represión y ligazón desde su propio superyó y los aspectos preconcientes del yo.

La idea de trasvasamiento permite situar que la investidura narcisista que da origen a la unidad del yo emana de las constelaciones amorosas que sostienen los cuidados primarios. En este sentido, consideramos que intenta capturar el mismo fenómeno que Winnicott explica a través de su concepto de “sostén materno”, en el cual nos detendremos con mayor detalle en apartados posteriores.

Esto implica una situación muy paradójica al interior de la relación primaria entre el niño y la madre, en tanto el *sentimiento de sí* del que Freud nos habla a propósito del narcisismo –el de la madre- estaría al servicio del deseo de que el niño sobreviva, crezca y finalmente se separe. Por lo tanto, si bien podemos considerar que una parte del narcisismo materno se satisface en tomar al niño como objeto libidinal, como una parte de sí que la completa –para lo cual es condición el reconocimiento de su propia castración- por otra parte con Bleichmar comprendemos que el amor de objeto es correlativo a la representación del niño como totalidad diferenciada, en la que se incluye la posibilidad de su separación.

Por otro lado, distinguir la corriente amorosa de la corriente sexual –si bien en la clínica se presentan amalgamadas- nos permite entrever de qué manera la instalación o no del narcisismo y sus vicisitudes determinan formas de abandono o permanencia del autoerotismo. En este derrotero, en el que resulta muy difícil circunscribir estadios estancos y más bien hallamos continuidades, repliegues y reconfiguraciones, las nociones de vergüenza y pudor se nos presentan como valiosos indicadores clínicos que permiten entrever la relación del sujeto con su cuerpo, en su dimensión erógena y respecto de la representación imaginaria y narcisista de este.

Vergüenza y pudor como indicadores clínicos

En su seminario de 2005, editado como libro con el nombre *Vergüenza, culpa, pudor. Relaciones entre la psicopatología, la ética y la sexualidad*, Silvia Bleichmar nos ofrece una delicada diferenciación de estas nociones que tiene un enorme alcance para la práctica psicoanalítica. Si partimos de establecer una correspondencia entre constitución del narcisismo y renuncia pulsional, la aparición del pudor y la vergüenza se nos presentan como indicadores clínicos de tal relación.

En aquel seminario, la autora propone a estas nociones como prerequisites del superyó, instancias previas que testimonian el proceso de abandono de modalidades de ejercicio de goce autoerótico que abren paso a relaciones de objeto con otros semejantes.

La vergüenza como afecto da cuenta de una herida narcisista, figura una mirada de reprobación que tiene la capacidad de refrenar una acción a causa del temor al castigo o la pérdida de amor del otro. Puede despertarse sin embargo a partir de un sueño o un equívoco en el decir, revelando nexos con la sexualidad más distantes que en el caso del pudor.

La emergencia del pudor, en cambio, cuya aparición es más temprana, supone una delimitación del cuerpo propio que -aunque muy primaria- ya se enmarca en una relación intersubjetiva. Por estas cualidades es que resulta de vital interés a los efectos de esta tesis.

Freud ubica al pudor, junto al asco, como antecedentes de la represión; primeras defensas o diques frente a la pulsión. Sin embargo, es evidente que no aparece hasta que no se haya alcanzado una representación de sí, correlativa a “cierta apropiación yoica sobre el propio cuerpo” (Bleichmar, 2016b, p.61). El pudor entonces da cuenta de un velo del propio cuerpo ante el otro, y por lo tanto también implica una demora o un límite a la acción de este sobre ese cuerpo. A la vez, excede a lo que puede ser visto: el pudor se extiende a los ruidos, los olores que emanan del propio cuerpo e incluso se dirige a las sensaciones táctiles (lo húmedo por ejemplo) que podrían alcanzar al otro.

Advertimos entonces que su aparición se corresponde con el reconocimiento del otro por parte del niño como “alguien que puede ser perturbado por los productos de su propio cuerpo, que ha reconocido ya como desechos y no como aspectos valorizados narcisísticamente” (Op cit., p. 62). Vemos aquí la íntima ligazón del pudor con el control de esfínteres, siendo este un momento definitorio en la separación del adentro y el afuera; y por lo tanto un proceso que, junto a otros, vendrá a consolidar la dimensión unitaria del yo cuya constitución especular e identificatoria desarrollaremos a propósito del estadio del espejo.

Finalmente entonces podemos afirmar que el pudor señala una operación muy primaria de sustracción del propio cuerpo respecto del otro. Y al mismo tiempo revela la anterioridad lógica de una operación de apropiación sobre este cuerpo al cual envuelve.

Hasta aquí acompañamos la tesis freudiana del narcisismo como investidura libidinal del yo, en virtud de la cual el cuerpo –atravesado y recorrido por la pulsión– encuentra una nueva configuración, conforme a la unidad del yo que se ha instalado. A continuación, será necesario volver sobre el pasaje entre autoerotismo y narcisismo, y la “nueva acción psíquica” que Freud menciona; ya que ha sido el punto de partida de un extraordinario aporte de Lacan, el estadio del espejo.

Lugar de la Imagen en la Constitución del Yo: Requisitos y Precisiones en torno al

Estadio del Espejo

La tesis del Estadio del espejo

La formulación de Lacan en Congreso de Marienbad de 1936 es un hito insoslayable en los desarrollos que a lo largo de la historia del psicoanálisis se han producido en torno al estudio del cuerpo. Su carácter imaginario y el lugar central de la identificación en su conformación son dos puntos centrales de esta teoría que será necesario transitar.

El *estadio del espejo*, que Lacan retoma en distintos momentos de su obra, representa una teoría sobre la formación del yo que da cuenta de la dimensión imaginaria del cuerpo. En sus palabras:

el *estadio del espejo* es un drama cuyo empuje interno se precipita de la insuficiencia a la anticipación; y que para el sujeto, presa de la ilusión de la identificación espacial, maquina las fantasías que se suceden desde una imagen fragmentada del cuerpo hasta una forma que llamaremos ortopédica de su totalidad —y hasta la armadura por fin asumida de una identidad alienante, que va a marcar con su estructura rígida todo su desarrollo mental. (Lacan, 2014a, p. 102)

Lacan nos habla de una *ilusión*, ya que la unidad del cuerpo es *ortopédica*, tiene la función de corregir el desperfecto de la insuficiencia correlativa a la prematuración del nacimiento. Esta ilusión conduce desde una imagen fragmentada del cuerpo *hasta la armadura por fin asumida de una identidad alienante*, es decir que el espejo arma una identidad e intentaremos brindar los argumentos que permitan concebir ese armado en el sentido de un aparataje que sostiene, evitando el derrumbe.

En este sentido es que comprendemos la conjetura que desliza Lacan en 1946, cuando dirá que la muerte, antes que ser figurada en el pensamiento, es *experimentada* en el infans en la “fase de miseria” que habita hasta el fin de los primeros seis meses de prematuración fisiológica (Lacan, 2014c, p. 183). Una ilusión, entonces, arma un cuerpo y conjura una experiencia mortífera.

Y si bien Lacan habla en la cita antes mencionada de una “imagen” fragmentada del cuerpo, consideramos más preciso el modo en que lo situara algunos párrafos atrás, donde plantea que

la forma total del cuerpo, gracias a la cual el sujeto se adelanta en un espejismo a la maduración de su poder, no le es dada sino como Gestalt, es decir, en una exterioridad donde sin duda esa forma es más constituyente que constituida, pero donde sobre todo le aparece en un relieve de estatura que la coagula y bajo una simetría que la invierte, en oposición a la turbulencia de movimientos con que se experimenta a sí mismo animándola. (2014a, p.100)

Aquí se logra distinguir que la desproporción se produce entre la *imagen* total del cuerpo y la turbulencia de movimientos con que el niño *se experimenta* a sí mismo animándola, poniendo el acento en el carácter antes de sensación que de percepción de la fragmentación del cuerpo.

Es por ello que la forma total del cuerpo es *más constituyente que constituida*, la imagen del cuerpo como *Gestalt* constituye al yo anticipadamente. Asimismo, indica que esa gestalt posibilita la permanencia mental del yo [je]; en otras palabras, es condición de que el yo pueda pensarse a sí mismo y creerse el mismo a través del tiempo.

El espejo como identificación

Lacan (2014a) nos dice que debemos concebir el estadio del espejo “*como una identificación* en el sentido pleno que el análisis da a este término: a saber, la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen” (p.100). Ahora bien, ¿qué significa *asumir* una imagen?, ¿Se trata de una incorporación, o de una toma de posición respecto de algo que continuará siendo exterior?, ¿Qué diferencias se desprenden de asumir una imagen o no hacerlo?

Respecto de esta última cuestión nos orienta la propuesta lacaniana de que la función del estadio del espejo es la de “establecer una relación del organismo con su realidad; o, como se ha dicho, del *Innenwelt* con el *Umwelt*” (Op. cit, p.102). En este punto volveremos a insistir –esta vez desde otro ángulo y haciendo pie en otra matriz teórica- en la discontigüidad con el mundo de la naturaleza que caracteriza a la realidad psíquica. Así, el *innenwelt* ya no será la anatomía del cuerpo biológico sino la representación del cuerpo en su carácter imaginario. En *Acerca de la causalidad psíquica*, en 1946, Lacan (2014c) plantea que

La costumbre y el olvido son los signos de la integración en el organismo de una relación psíquica: toda una situación, por habersele vuelto al sujeto a la vez desconocida y tan esencial como su cuerpo, se manifiesta normalmente en efectos homogéneos al sentimiento que él tiene de su cuerpo. (p. 179)

El cuerpo se olvida. Se desconoce su realidad biológica de modo que el organismo se convierte en una oscura e inquietante interioridad de la que solo de manera intermitente tenemos noticia, siendo la enfermedad y el dolor las vías frecuentes por las que esto ocurre. Que el yo tome a su cargo la representación del cuerpo y las relaciones con el mundo implica que este se constituya en un polo de referencia de sensaciones propioceptivas.

Advertimos aquí el valor primordial que tiene la dimensión de *continente* del cuerpo, esa forma “más constituyente que constituida”, el *borde* de la piel como figuración de una delimitación entre el adentro y el afuera. Respecto de esa dimensión Frances Tustin—partiendo de múltiples experiencias clínicas— destaca la función central de la *imagen corporal propioceptiva*. Señala incluso que el término imagen es falaz, en tanto en los estados tempranos no verbales en que tiene lugar su constitución el niño es incapaz de “imaginar”, de construir o recordar imágenes mentalmente. Se trata más bien de un “repertorio de sensaciones relativamente incoordinadas que son sentidas más que imaginadas” (1997, p.233).

Estos procesos tempranos, caracterizados por su naturaleza no-verbal, resultan por esto mismo indecibles e imposibles de anular o contrarrestar. Tener un cuerpo con cualidades de solidez y permanencia, nos dice Tustin, es consustancial al sentimiento de existencia. Por el contrario, un cuerpo de fluidos que desbordan y se derraman, implica la amenaza constante de no existir.

Podemos imaginar el horror frente a un cuerpo dado vuelta como un guante, y también el tormento —y el enorme gasto psíquico— resultante de que ese límite que permite *olvidar* el interior del cuerpo y funcionar como envoltura que separa al yo del ambiente, resguardándolo, no se constituya como tal.

En este punto es preciso advertir el riesgo de concebir el estadio del espejo como una identificación —o un reconocimiento— que ocurriría de manera súbita, “de una vez y para siempre”, de modo que el instante en que se configura la ilusión sepulta el estadio anterior y establece un nuevo orden.

Distinto es pensar que se trata de un proceso, que requiere la confluencia de distintos factores que pueden articularse de más de una manera, donde se pueden encontrar fallas y también suplencias, existiendo entonces múltiples formas clínicas de

armado o apropiación del cuerpo. Asimismo, implica que puede haber momentos de desequilibrio donde puedan resurgir formas más primarias sin que ello signifique la inexistencia de un cuerpo constituido como unidad imaginaria.

Imagen virtual: el papel del espejo plano

En 1960, en su escrito *Observación sobre el informe de Daniel Lagache: "Psicoanálisis y estructura de la personalidad* Lacan añade el espejo plano al esquema óptico sobre el que había trabajado en sus seminarios anteriores; y lo hace para subrayar el papel del Otro (A) en la conformación imaginaria del cuerpo, incluyendo la dimensión simbólica en el esquema.

La introducción del espejo plano en el esquema óptico permite diferenciar la *imagen real* que se produce en el espejo cóncavo y corresponde al yo ideal, de la *imagen virtual* que se proyecta en el espejo plano; como dos dimensiones distintas. Este agregado implica que sólo con la mediación del Otro –que deberá estar ubicado en cierto lugar - es posible identificarse a la imagen especular.

El Otro, indicado por la A mayúscula, es “ese lugar al que responde en nuestro modelo el espacio real al que se superponen las imágenes virtuales «detrás del espejo» A” (Lacan, 2014b, p.645). Lacan plantea que detrás del espejo, en A, encontramos una serie de significantes, que son los que permiten el espejismo del Yo ideal.

Al mismo tiempo, este Yo ideal, efecto de la identificación especular, sienta las bases para las primeras defensas frente a la pulsión: vuelta sobre sí mismo y transformación en lo contrario. La constitución de una imagen total del cuerpo permite, por lo tanto, un primer cercamiento del caos pulsional; un coto a la pulsión en su carácter desagregante, atacante.

La risa y la mímica jubilosa, no sin el Otro

Si anteriormente nos preguntábamos qué significa asumir una imagen –en relación a la identificación- en 1949 Lacan sitúa el índice del momento en que la imagen especular es *asumida* –conformando al yo ideal a partir de la identificación a i(a)- en la mímica jubilosa del infans frente al espejo.

Norma Brunner (2017) trabaja sobre los juegos de engaño o juegos de ocultación como *juegos especulares* -incluyendo en esta categoría el conocido juego de ocultar el rostro y volverlo a descubrir, y también el niño que juega con su imagen en el espejo y la hace desaparecer-, juegos de alternancia entre lo que se muestra y lo que se oculta, entre la imagen real y virtual. Pero lo que nos interesa en esta investigación es su señalamiento de la *risa* –o acaso incluso, mas sutilmente, la *sonrisa*- como la huella de una identificación, un indicador clínico de que una imagen o un significante ha sido *asumido*.

En su estudio, recupera las palabras de Lacan (1999) en su *Seminario 5*:

Mientras que el deseo está vinculado con un significante que en este caso es el significante de la presencia, las *primeras risas* van dirigidas al más allá de dicha presencia, al sujeto que está ahí detrás.

Desde este momento, desde el origen, por así decirlo, *encontramos ahí la raíz de la identificación*, que se producirá sucesivamente a lo largo del desarrollo del niño, primero con la madre, luego con el padre. No digo que con este paso se agote toda la cuestión, pero *la identificación es, con toda exactitud, correlativa de esta risa*¹³(p.340)

Como señala Lacan, el asunto de la identificación está lejos de agotarse allí, y abordaremos su estudio con mayor detenimiento en otro capítulo de esta tesis, pero nos parece fundamental no pasar por alto en este punto que la risa revela la identificación en tanto incluye y se dirige al otro. Pues de otra clase es el júbilo de ciertos niños al encontrar un espejo o una superficie que los refleje, donde asistimos a una *fascinación* especular en la que sumidos en el juego con su imagen como doble, el mundo a sus espaldas –incluyendo la presencia del otro- da la impresión de desaparecer. En estos casos, el embelesamiento carece del giro que busca la mirada de reconocimiento del otro, y se acompaña de una excitación corporal que persigue su descarga en el polo motor –el habla se acelera, el cuerpo se agita- de manera compulsiva.

¹³ Las bastardillas son nuestras

Por otra parte, en otras situaciones –nos referimos ahora a niños que se muestran indiferentes ante su reflejo- instituir un doble puede ser un primer paso en el reconocimiento de sí, es decir que la instalación de una simetría especular –tanto en relación a su propia imagen como a la de ciertos objetos materiales- logra ser la vía por la cual la realidad logra convertirse en espacio virtual.

Poner demasiado el acento en la mímica jubilosa del infans frente al espejo podría llevar a creer que basta el espejismo del yo ideal, la imagen real del espejo cóncavo para que la imagen especular sea asumida, se haga carne. La introducción del espejo plano como condición para la conformación del cuerpo como imagen unificada apunta a evitar este extravío y al mismo tiempo aporta elementos para comprender los tropiezos en esa conformación.

Para que una imagen sea *asumida* –con el alcance que queremos dar a este término- no basta con el placer del niño frente al espejo, o la sobreimpresión de la Gestalt del cuerpo sobre la insuficiencia o la incoordinación motriz. En este sentido, Lacan (2014b) continúa insistiendo en la alienación radical en la que se constituye el yo, pero al mismo tiempo agrega:

Sería error creer que el gran Otro del discurso pueda estar ausente de ninguna distancia tomada por el sujeto en su relación con el otro, que se opone a aquél como el pequeño, por ser el de la díada imaginaria (...)

Pues el Otro en el que se sitúa el discurso, siempre latente en la triangulación que consagra esa distancia, no lo es tanto como para que no se manifieste hasta en la relación especular en su más puro momento: en el gesto por el que el niño en el espejo, volviéndose hacia aquel que lo lleva, apela con la mirada al testigo que decanta, por verificarlo, el reconocimiento de la imagen del jubiloso asumir donde ciertamente estaba ya. (p.645)

Para que la imagen virtual se constituya el ojo debe estar situado en un punto específico pero además el Otro deberá estar presente como testigo que reconoce esa imagen, la cual dijimos que se anticipa falseando la experiencia motriz. Y ese reconocimiento tiene lugar mediante el enlace de esa forma imaginaria con un

emplazamiento simbólico que preexiste al niño, un conjunto de significantes articulados en un discurso que hacen del yo –a advenir- un polo de esperas, proyectos y atributos que *ciertamente estaba ya ahí*.

Consideramos que el análisis del fenómeno del *transitivismo infantil* permite clarificar la naturaleza de ese reconocimiento. Este término designa la situación de alienación de un sujeto a la experiencia de otro semejante. Son ejemplos clásicos de ello el hablar de sí en tercera persona en la infancia, o el niño que ve caer a otro y llora.

Para Bergés y Balbo (citado en Brunner, 2017) el punto de partida de este proceso debemos situarlo en la madre. Cuando esta *se pone en el lugar del niño*, formula una hipótesis referida a su experiencia y le expresa que debe sentir un dolor, desencadena la consecuencia por el cual el niño *se pone en el lugar de la madre* para atribuirse la hipótesis de aquella y hacerla suya (p.19)

La hipótesis de la madre opera como interpretación de un saber en el niño –una caída ha producido una herida, y duele- y el niño se identifica a esa lectura tomando posesión de un bien que ya le es propio (Brunner, 2017, p.65), significa un dolor vivenciado que ahora refiere a una experiencia de sí.

Lo que nos interesa sustancialmente es este movimiento por el cual la madre construye con su lectura un *espacio* en el cual espera que el yo advenga, lugar del cual el niño habrá de desalojarla para ocuparlo.

Esta torsión de lugares tiene profundas resonancias con aquello que Lacan puntualiza respecto del momento en que el niño frente al espejo *gira* y busca la mirada del Otro. Podemos ahora agregar que en esa mirada el niño encuentra una hipótesis que al modo de un boceto, ofrece un tiempo-espacio al cual podrá advenir. Así entendemos ese “estaba ya” que como anticipación constituye una experiencia que da cuerpo al yo.

Al mismo tiempo, el papel del Otro no se agota en el reconocimiento de la imagen sino que a la vez brinda al sujeto una distancia más sólida que aquella que obtiene de emparentarse al otro en la diada imaginaria. Es posible entonces ubicar allí una segunda dimensión de la función del Otro; la introducción de la otredad como diferencia inasimilable al yo.

La necesidad del reconocimiento de A implica introducir un punto de alteridad en la forma total de la imagen que aliena al sujeto. Las insignias del Otro introducen la diferencia, permitiendo de esta manera sortear la fragilidad narcisista que situábamos en el apartado anterior. Lo ilusorio de la identidad – y la rigidez de su estructura- se ve continuamente puesto en evidencia ante la necesidad de asentimiento del otro respecto de las representaciones del cuerpo propio. Mediante sus identificaciones, el yo procura *apartarse* buscando alivianar su dependencia de la mirada y los gestos del otro.

Tercera dimensión del Otro: El papel de espejo del rostro

Si bien consideramos que hay sobrados elementos en la propuesta de Lacan que van en sentido contrario –los cuales hemos ido aislando- es necesario insistir en que la dimensión imaginaria del cuerpo no se reduce a una imagen que *es vista*. En este sentido, creemos que el trabajo de Winnicott respecto de lo que refleja el niño y lo que lo refleja permite justamente no extraviarnos en una deriva metafísica en el problema que nos convoca, la constitución del cuerpo bajo la égida del yo

Hemos examinado los efectos de la imagen total del cuerpo en la formación del yo, pero es posible profundizar un poco más de qué forma se produce esa Gestalt. Al respecto, Winnicott (1971) afirma que “el precursor del espejo es el rostro de la madre” (p.179).

Esta es su hipótesis tras la lectura de *El estadio del espejo como formador de la función del yo [“je”] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica* (1949). Y si bien la referencia es a este escrito de Lacan, es evidente por sus desarrollos ulteriores que conoce el tiempo posterior de su enseñanza en la que este amplía el esquema óptico y pone el acento en el reconocimiento del Otro (A).

Winnicott recupera la importancia que da Lacan a la *mirada* del otro y nos habla del *papel vital del ambiente*, a la vez que subraya que aún no se ha producido la separación yo / no-yo, de modo que propone una tópica que podríamos hacer coincidir con el mítico yo-inicial de Freud¹⁴, para el cual el mundo exterior resulta indiferente.

¹⁴ Nos referimos a las hipótesis desarrolladas por Freud en *Pulsiones y destinos de pulsión* [1915]

En primer lugar entonces una indiferenciación con lo que este autor denomina “la madre” y que, como ya hemos situado anteriormente, podemos ampliar a todo adulto que tiene a su cargo las funciones de sostén (*holding*), manipulación (*handling*) y presentación de objetos.

Realidad y juego (1971) es una de las últimas obras de este autor, que sintetiza muchos de sus desarrollos precedentes, y en la cual Winnicott da cuenta de una puntilliosidad en la observación clínica que no ahorra en detalles. En el noveno capítulo, que lleva por título *Papel de espejo de la madre y la familia en el desarrollo del niño*, dirá que

En cierto momento el bebé echa una mirada en derredor. Es posible que cuando se encuentre ante el pecho no lo mire. Lo más probable es que un rasgo característico sea el de mirar la cara (Grough, 1962). ¿Qué ve en ella? Para llegar a la respuesta debemos basarnos en nuestra experiencia con pacientes psicoanalíticos que pueden recordar los primeros fenómenos y verbalizar (cuando sienten que es posible hacerlo) sin ofender la delicadeza de lo que es preverbal, no verbalizado y no verbalizable, salvo quizá en poesía ¿Qué ve el bebé cuando mira el rostro de la madre? Yo sugiero que por lo general se ve a sí mismo. En otras palabras, la madre lo mira y *lo que ella parece se relaciona con lo que ve en él.* (p. 180)

Nos interesa en primer término señalar que Winnicott manifiesta que construye su teoría basándose en el análisis de pacientes adultos, a lo que podríamos agregar, sin duda, su experiencia como pediatra. Por nuestra parte, creemos que el trabajo con niños a dominancia psicótica o autista nos encuentra con particularidades clínicas, matices del cuerpo, que conjeturamos que son también indicios de aquello que es *preverbal, no verbalizado y no verbalizable.*

Sabemos que la palabra al interior del dispositivo analítico permite acceder a las marcas del significante en el cuerpo. Pero allí donde no hay palabra como materialidad que permita simbolizar esas marcas vemos aparecer *modos del cuerpo* – cuerpos atrapados en la compulsión, cuerpos inertes, impúdicos, desinhibidos o

desarticulados- a los que nos proponemos hacerles lugar –junto al análisis y la poesía- como otra vía de acceso a esas huellas anteriores a la representación.

Luego de esta breve disquisición, iremos directo al núcleo de la tesis winnicottiana: en el rostro de la madre el niño *se ve a sí mismo*. Sustituir la fría rigidez del espejo por la variación e indeterminación del rostro humano como superficie de reflexión introduce una materialidad que supone una interpretación: una sutil comunicación entre el adulto y el bebé tramada de rasgos y gestos.

Esta función de reflejar puede ser otro modo de decir aquello que indicábamos al analizar el fenómeno del transactivismo, cuando sugerimos que en la mirada del otro materno el niño encuentra una hipótesis que ofrece un tiempo-espacio que permite al yo advenir. Ya que a continuación Winnicott incluso fuerza aún más el carácter de indeterminación del rostro al decir que la madre mira al niño y *lo que ella parece ser para el niño lo que ve en él*, el reflejo de su persona.

Tropiezos del reflejo

El rostro de la madre en su función de espejo unifica la experiencia corporal y la sitúa en tiempo-espacio. Por lo tanto, es determinante no solo en las relaciones del sujeto con el otro humano sino también posteriormente con el ambiente no humano.

Sin embargo, esa función puede trastornarse o desfallecer, alterando en efecto la imagen de sí que por su intermedio se conforma. Para indagar esos avatares quizá nos sirva de soporte una breve situación clínica:

P. llega caminando delante de su madre que la sostiene de ambas manos; a su vez un exceso de abrigo aumenta la limitación de sus movimientos. Tiene cuatro años pero su andar es inseguro. Como si estuviera aprendiendo a caminar, va meciéndose con los brazos extendidos, buscando el equilibrio. Tropezaba con los objetos y continuamente se cae.

Sus movimientos carecen de energía, agarra los objetos suavemente, sin fuerza, y deambula por el espacio. Continúa pegándose a mis piernas y estira sus brazos para que la alcance. Al encontrarse con un obstáculo –una rampa, un escalón- parece tener miedo, intento ayudarla pero a mis movimientos su cuerpo responde en sentido contrario; la comunicación no verbal, cuerpo a cuerpo, no se produce.

Winnicott (1971) señala que si el niño en lugar de verse a sí mismo en el rostro de la madre ve reflejado allí “su propio estado de ánimo o, peor aún, la rigidez de sus propias defensas” se ve obligado a buscar “en derredor otras formas de conseguir que el ambiente les devuelva algo de sí” (p.181). Otros sentidos –podríamos suponer que aquel que sí haya despertado una respuesta del otro- toman el lugar de la vista como órgano privilegiado; el niño toca, agarra, chupa, oye o huele en la búsqueda por obtener una reverberación de sí.

Primera consecuencia de las fallas en el reflejar, que no carece de implicancias. En el caso de P. advertimos que la necesidad de un contacto piel a piel la sometía a un acortamiento de la distancia con el otro que al mismo tiempo obstaculizaba sus intercambios con el espacio y los objetos inanimados, condenándola a permanentes tropiezos.

A continuación, como una segunda consecuencia en el terreno de la patología, Winnicott sitúa que *la percepción ocupa el lugar de la apercepción*.

La apercepción coincide con el papel de espejo del rostro de la madre: ver en su rostro un reflejo de sí. Implica ver lo invisible (Rodríguez, 2017, p.185) y por lo tanto es lo contrario de la percepción, que refiere en cambio a un empuje prematuro a reconocer a la madre como un objeto distinto de sí, a *ver* en lugar de *mirar*.

En otras situaciones, describe Winnicott, el niño estudia las *variaciones* del rostro materno, que alterna entre momentos en que lo mira y *lo sostiene*, y otros en que no refleja nada dejándolo *caer*. En consecuencia, no podrá alejarse de esta y se verá obligado a “esforzarse hasta el límite de su capacidad de previsión de acontecimientos” (Winnicott, 1971, p.182). Si el ambiente no ofrece un sostén que brinde confiabilidad y continuidad entonces la amenaza de caos, la posibilidad de derrumbe, atormentan al niño. En ocasiones nos encontramos con pacientes en los que un aumento brusco del tono de voz por ejemplo produce una interrupción del jugar –que hasta ese momento se desarrollaba apaciblemente- despertando un tormento en el que la unidad del cuerpo parece desintegrarse, hacerse trizas. Allí el derrumbe esta dado no por la intensidad del golpe sino por la fragilidad de los cimientos, es consecuencia de las fallas de las funciones ambientales en los tiempos de dependencia absoluta.

En otros casos, la repetición de secuencias invariables puede ser un camino para alcanzar algún nivel de predictibilidad, mediante una operación de “reducción a cosa de toda forma de alteridad, una *cosificación* donde es conjurado lo vivo, lo impredecible, lo incontrolable del otro y del propio cuerpo” (Fernández Miranda, 2019, p.117). Es la tercera y última consecuencia que desarrolla Winnicott, en la que el niño organiza su retirada, y la mirada no es más que vacío.

Una imagen falaz que se sienta real

A nuestro entender Winnicott logra complejizar, desde un pensamiento que se sostiene en situaciones paradójales, la noción de reconocimiento. Toma a Lacan, quien sitúa en la experiencia del espejo una ilusión, una falsa imagen, pero plantea que esa imagen está determinada por lo que devuelve el rostro materno y que se precisa que *se sienta real*. Es necesario aclarar en este punto que la realidad para Winnicott no es algo conocido y existente sino un sentimiento (Varela, 2017, p.504) de modo que la mirada materna en su función de reflejar debe acercarse lo máximo posible al gesto espontáneo del niño. Si no es así en lugar de una anticipación fundante dará lugar a una discordancia y un sentimiento de falso reconocimiento.

Del mismo modo que Winnicott teoriza el objeto subjetivo bajo la paradoja de *crear lo dado*, el niño se ve a sí mismo en el rostro de la madre y a partir de ello, podríamos agregar, *crea un cuerpo* conforme desarrolla su capacidad de usar el objeto.

¿Qué es entonces sentirse real? Conjeturamos que coincide con la instauración de una continuidad del yo en el tiempo-espacio que opera como referencia y permite su estabilidad en el curso de los conflictos intrapsíquicos y ante la impredecibilidad del mundo. Y que a la vez ofrece un espacio de reposo que permita olvidar la posibilidad de desestructuración que pervive, al menos, bajo el modo de la amenaza.

Por otro lado, Winnicott suele omitir la dimensión pulsional en sus desarrollos teóricos, y este punto conduce a una divergencia respecto de la perspectiva que en esta investigación hemos de adoptar. Si coincidimos con este autor en la necesidad de “tener una persona dentro de la cual poder retirarse para el relajamiento” (Winnicott, Op. cit. p. 188) al mismo tiempo consideramos que aquello de lo que hay que resguardarse y que perturba el reposo corporal responde menos a una *carencia*

del adulto en su función de reflejar que a un *exceso* en la captura libidinizante del cuerpo del niño. Lo que invade y enloquece es la pulsión, articulada bajo el signo del trauma y comandada por la compulsión de repetición.

Junto a la *madre suficientemente buena* es necesario incluir los aspectos de la sexualidad inconsciente del adulto que exceden, en sus modos de realización, a las funciones primarias que hacen a la conservación del niño (Bleichmar, 2016, p.18). Sólo a partir de considerar un *desdoblamiento* del otro en su función, que al mismo tiempo que inscribe la sexualidad por otra parte pauta los límites de su propia apropiación, es posible comprender a la sexualidad infantil, pulsional, como una excitación placentera y atacante a la vez.

Capítulo IV. La Identificación como Mecanismo Inherente a la Construcción de lo

Propio

Llegados a este punto, nuestro capítulo cuarto, reconocemos alusiones a la identificación en todos los apartados precedentes. Hablamos de un yo identificado-identificante con Piera Aulagnier, de operaciones de introyección y expulsión que permiten al cuerpo instrumentalizarse; y, del carácter de identificación del estadio del espejo en la constitución imaginaria del yo.

Esta insistencia nos conduce a pensar que se trata de un concepto central en el asunto que nos convoca, y nos figuramos que podría ser el enlace que anude el *cuerpo*, el *yo* y lo *propio*. Este concepto requiere un apartado particular en esta tesis en tanto nos guía una hipótesis, a saber: que la identificación es una operación necesaria para la constitución del cuerpo propio. El estudio de sus condiciones y su delimitación de otros conceptos fronterizos será la vía elegida para examinar esta conjetura.

Por otra parte, en el segundo capítulo de este trabajo recuperábamos el modelo que Freud aporta en el *Proyecto de psicología para neurólogos* (1895) para pensar los modos de ligazón de cantidades que permiten que se instale el yo como instancia psíquica. Desarrollando estas ideas freudianas, Bleichmar (2020) propone que la variable que permite el pasaje de la cantidad a la cualidad, que colorea cualitativamente la excitación, y la vuelve susceptible de significación, es la identificación. Este supuesto nos ofrece una articulación entre dos niveles distintos, que no se subordinan el uno al otro; y es esta perspectiva la que pretendemos replicar en este estudio.

Punto de partida: La identificación en la teoría freudiana

El primer lugar donde encontramos una mención a la identificación en la obra de Freud es en *La interpretación de los sueños* (1900) a propósito del sueño de “La bella carnicera”, tal como se lo conoce coloquialmente. Ya aquí anticipa lo que luego desarrollará en 1921 -cuando trabaja sobre la clase de identificación que da lugar a la formación de la masa- precisando:

Por tanto, la identificación no es simple imitación, sino *apropiación* sobre la base de la misma reivindicación etiológica; expresa un «igual que» y se refiere a algo común que permanece en lo inconsciente. (Freud, 1991, p. 168)

De esta cita queremos subrayar el carácter inconsciente que le asigna a la identificación, y la *apropiación* que le es consustancial. En esta particularidad encontramos una primera distinción respecto de la imitación por la cual definir a este mecanismo.

Sin embargo, más aun que esta clase de identificaciones fundadas en alguna clase de comunidad, nos interesan aquellas que cumplen su papel en la constitución del yo. En 1923 Freud escribe *El yo y el ello* y produce un giro en su teoría: reformula la tópica del psiquismo y define al yo como “la parte del ello alterada por la influencia directa del mundo exterior, con mediación de P-Cc” (Freud, 2014, p. 27). Es decir que el yo se asienta sobre el ello e intenta imponerle una nueva organización, aunque nos es bien conocido su fracaso en esta empresa y su posterior condición de vasallo.

Pero además del mundo exterior, subrogado por el sistema P-Cc, Freud atribuye al cuerpo propio y sobre todo a su superficie un papel central en la génesis del yo: “El yo es sobre todo una esencia-cuerpo; no es solo una esencia-superficie, sino, él mismo, la proyección de una superficie” (Op.cit). Acompaña esta afirmación de una nota al pie en la que despliega esta idea:

O sea que el yo deriva en última instancia de sensaciones corporales, principalmente las que parten de la superficie del cuerpo. Cabe considerarlo, entonces, como la proyección psíquica de la superficie del cuerpo, además de representar, como se ha visto antes, la superficie del aparato anímico. (p. 28)

Cabe señalar que la diferencia entre superficie del aparato psíquico, representada como interioridad, y superficie del cuerpo, como frontera con el mundo exterior, se sostiene solamente por la existencia del yo. Por otro lado, Freud subraya en este escrito la importancia de los primeros intercambios erógenos con el otro en los contactos piel a piel, que parten de la superficie del cuerpo y son la materia prima con

la que se constituye el yo. Y a su vez le da un lugar en la tónica a la doble faz del cuerpo, que por un lado se enlaza al yo para representarse como superficie, pero al mismo tiempo es también un objeto ajeno al yo, que le devuelve sensaciones placenteras y dolorosas.

Es necesario reparar en la importancia de la afirmación freudiana del yo como una *esencia-cuerpo*. Un cuerpo que nada tiene que ver con la percepción consciente sino con sensaciones y la construcción, capa a capa, de un límite que separe un interior de un exterior. En este sentido, Laplanche (1973) nos orienta a pensar una identificación muy precoz, que permitiría bosquejar al menos un primer adentro-afuera, identificación “con una forma concebida como límite, como envoltura: la envoltura de la piel” (p.111). La noción de superficie adquiere aquí la máxima importancia y nos retrotrae a lo trabajado en torno al estadio del espejo en capítulos precedentes para indicar, una vez más, que se trata menos de *ver* algo en el espejo que de la forma unitaria que devuelve el adulto en los intercambios con el infans, al que ya reconoce como otro humano.

Freud señala, asimismo, al dolor como una sensación privilegiada en los primeros tiempos de armado del yo. Si el cuerpo se olvida cuando se integra al yo –tal como hemos desarrollado en el segundo capítulo de esta tesis- en los albores de su instalación en cambio este irrumpe continuamente, en las diversas intensidades de las necesidades fisiológicas y el dolor físico.

Avanzando lentamente en el desarrollo de la segunda tónica que Freud propone en 1923, lo vemos luego recuperar el trabajo en torno a las distintas clases de identificación que había planteado en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921) para enfatizar una operatoria de constitución del yo vía identificaciones.

La identificación se define en aquel trabajo como “la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona” (Freud, 2013b, p.99) que al comienzo es indiscernible de la investidura de objeto, en lo que el psicoanálisis conoce como identificación primaria. Pero al mismo tiempo es presentada por Freud como el mecanismo por el cual una investidura de objeto es resignada gracias a la introyección de un rasgo del objeto en el yo. En este caso el yo se altera parcialmente bajo el modelo del objeto abandonado (Op cit, p. 107). Freud nos ofrece una teoría de la

formación del yo como un lento proceso de emancipación de sus objetos por la vía de apropiarse de un aspecto o propiedad de este.

La transformación que el yo así experimenta ofrece al mismo tiempo una teoría de la formación del síntoma histérico, a partir de identificaciones que podrían ser transitorias, y una hipótesis sobre la génesis del yo, con identificaciones tempranas y estructurales. De esta manera, Freud (2014) propone que “el carácter del yo es una sedimentación de las investiduras de objeto resignadas, contiene la historia de estas elecciones de objeto” (p.31). Vemos entonces que la identificación subraya, en el giro de la segunda tópica, la constitución exógena del psiquismo. Sin embargo, al mismo tiempo que propone al yo como el precipitado de sus elecciones de objeto plantea una operación que lo tiene como agente y que es consustancial a la posibilidad de abandonarlos.

Identificar e identificarse: dimensiones y tropiezos de la identificación

Nos interesa rastrear los accidentes que en la infancia pueden obstaculizar los procesos de separación de las figuras parentales y que en el trabajo clínico psicoanalítico con niños se evidencia en formas de *adherencia* al otro que pretenden remediar las fallas en la identificaciones tempranas que hemos situado en la base del yo. Adelantamos aquí nuestra hipótesis pero para fundamentarla será necesario recuperar algunos desarrollos de los capítulos precedentes.

En el capítulo dos de esta investigación nos detuvimos en la *función narcisizante* del adulto, quien al mismo tiempo que implanta la pulsión debe brindar las posibilidades de su ligazón. Pretendemos ahora establecer los nexos entre esta función y la identificación y para ello queremos llamar la atención sobre un aspecto poco indagado de este mecanismo.

Silvia Bleichmar recupera en *Las condiciones de la identificación* (1995) una acepción secundaria del término identificación, empleada por Freud menos frecuentemente, la cual alude a un mecanismo general de la vida psíquica que consiste en identificar una cosa con otra, tomándolas por lo mismo. Nombra como ejemplo el trabajo del sueño que opera por similitud o los movimientos transferenciales que “identifican” al analista con ciertos rasgos de las figuras parentales, y plantea:

Creo necesario encontrar los nexos entre uno y otro concepto de identificación, vale decir de la correspondencia existente entre “identificar un objeto con otro” e “identificarse”, en razón de que la “identificación de un objeto con otro” es la operatoria ejercida por el otro humano cuando reconociendo al niño como “idéntico ontológico”, le abre la posibilidad de inscribirse en una propuesta identificatoria que lo humaniza. Por otra parte, porque el niño mismo identifica al yo propio con el del otro, mide las diferencias e inscribe las similitudes, y ello no desde la inmediatez de algún tipo de percepción inmanente sino a través del recorrido de un sistema de enunciados que marcan su posible inscripción en las redes libidinales del otro. (Bleichmar, 1995, p.203)

Esto, que podría parecer una obviedad, puede no ocurrir o bien tomar otra forma. Es la mirada narcisizante del otro, que ve en el recién nacido una totalidad con intenciones, deseos y hasta rasgos de carácter, la que precipita ontológicamente al bebé. El *qué se es* –en tanto humano, igual- precede y es condición de posibilidad del *quien se es*, como entrecruzamiento de identificaciones, efecto de la metabolización de los enunciados con los que el otro ofrece un lugar de emplazamiento en el mundo.

En su acepción propiamente psicoanalítica la identificación es eminentemente reflexiva; tanto respecto de su papel en la formación de síntoma como para la constitución del yo en la segunda tópica, se trata de *identificarse*. Vemos dibujarse un movimiento que necesariamente tiene al yo como agente, comporta un rodeo por el otro e implica la producción de una *transformación* (Lacan, 2014a, p.100). Nos reencontramos en este punto con una insistencia de la forma reflexiva, aquella que antes nos señaló la distancia entre lo propio y el *apropiarse*.

De otra clase es la identificación que mantiene su forma activa, la *captura ontológica* que nos habla de un modo de identificación cuyo agente es el otro. En este caso, podríamos conjeturar que se trata de un rudimento de la identificación psicoanalítica, una condición necesaria pero no suficiente. Si sostenemos esta premisa advertimos que su ausencia determina fallas graves en la constitución psíquica; al mismo tiempo que podemos concebir que su exceso constituye una captura alienante

que deja al niño desprovisto de los mecanismos que le permitirían tomar distancia y arribar a la construcción de algo propio.

La doble acepción del vocablo identificación que recupera Bleichmar nos permite pensar las vicisitudes con las que nos encontramos en ese trabajo de doble vía –con el niño y con quien tiene a cargo las funciones de crianza- en que consiste la clínica psicoanalítica con niños. Un fragmento de un caso clínico puede ayudarnos a esclarecer las diversas aristas del problema, haciendo de una experiencia singular el punto de partida de la formulación de una serie de conjeturas que nos ayuden a comprender el lugar de la identificación en los procesos que venimos analizando

J. se presenta como un niño complaciente, de talante alegre. En su discurso abundan los neologismos y las ecolalias¹⁵; los pronombres se confunden y suele nombrarse en tercera persona. Espera instrucciones: dice que su juego favorito son los LEGO, pero faltando el manual -que solicita- me pregunta “¿Qué debemos armar?”

Asimismo, lo gobierna un afán por nombrar las cosas: ante algo cuyo nombre desconoce insiste en saber “¿qué es?, ¿cómo se llama?”. Sin embargo, paradójicamente, pasará mucho tiempo de trabajo hasta que él pueda ponerles un nombre a las diversas clases de figuras con las que jugamos. El 'quién es', el nombre propio, se escurre. J. se vincula con objetos concretos, a los que pretende sin tregua etiquetar.

En este punto nos servimos de la diferencia antes planteada para situar una hipótesis de lectura: existiendo fallas en la constitución del yo que estorban la conformación del *quién se es*, como precipitado de identificaciones; se ha preservado en cambio esa otra forma de la identificación que entonces opera como suplencia, ordenando el mundo. Pero este ordenamiento no es accesorio sino una necesidad de estructura, que aporta un mínimo de permanencia a un yo en constante amenaza de fragmentación. J. logra construir una realidad habitable afirmándose en un etiquetado

¹⁵ Nos referimos a la llamada “*ecolalia diferida*”, una expresión o frase oída en otro momento que se repite fuera de contexto y con frecuencia, sin finalidad aparente. Desde el psicoanálisis, si admitimos una considerable simplificación, podemos comprender este fenómeno como la repetición de fragmentos no metabolizados del discurso del otro.

del mundo, pero lo hace pagando un alto costo: su mundo se vuelve uno de sustantivos comunes, de objetos inanimados.

En esta forma de relación con la realidad –en el doble sentido en que Freud la entiende, como realidad exterior y como realidad psíquica- J. se sirve de un instrumento cuya función podemos a esta altura entrever. Suele repetir como muletilla “*Esto es un...*”, seguido de una pausa expectante. Esos puntos suspensivos invitan al otro a proporcionar una nominación. Esto nos lleva a suponer que para este niño las significaciones permanecen en el campo del Otro, en el sentido de que incorpora significados sin aprehenderlos, como abrochamientos del sentido que se resisten ser descualificados y transformados.

Paralelamente, si la dirección de la pregunta se invierte y soy yo quien, por ejemplo señalando algún elemento de su dibujo le pregunto “¿Qué es esto?”, el asunto se resuelve en la más absoluta literalidad: “Un dibujo”. En otras situaciones responde: “esto es una cosa”, “sirve para algo”, “sirve para hacer cosas”. La indeterminación, como reverso de lo acotado de la literalidad, abre un espacio en el que cabe todo y que al mismo tiempo *es nada*.

Escuchamos además la insistencia de *lo que sirve*, la finalidad como matriz de inteligibilidad del mundo, y esto nos permite retomar aquel otro modo de identificación, cuyo agente es el otro, que inferimos como prerequisite de la posibilidad de una apropiación que dé lugar a una identificación propiamente dicha. Nos referimos a lo que antes llamamos *captura ontológica*, y que coincide con la oferta de enunciados que proponen un emplazamiento subjetivo.

Al respecto, en una entrevista con su madre esta se mostraba afligida por las dificultades de J. para jugar con otros niños –por la divergencia de intereses y sus inconvenientes para seguir las reglas del juego- y la angustia que esto producía en su hijo. Ahora bien, a su propia angustia, ella se enfrenta “probando cosas” y evaluando resultados. Me dice entonces que J. “no anda” con grupos grandes de niños sino que “funciona mejor de a dos”, se pregunta también si asociarse a un club “servirá” para él,

al tiempo que argumenta sus ideas con descripciones semiológicas extraídas de libros sobre TEA, que lee continuamente¹⁶.

Nos formamos así la conjetura de una propuesta identificatoria que lo convoca a emplazarse como un niño-maquina. Al modo de una crianza didáctica, J. se vuelve un experimento que funciona o no según las condiciones que su madre va probando y no acorde a sus propios rasgos de carácter, intereses o contingencias de sus experiencias que pudiera ella desconocer.

Esto significa que el advenimiento de una identificación que permita la construcción de lo propio requiere que junto al reconocimiento ontológico –como condición necesaria- exista una diferenciación de necesidades y un reconocimiento de esas diferencias. Si lo primero prescinde de lo segundo nos encontramos con adultos que entorpecen, retomando la cita de Bleichmar, el proceso por el que el niño mide diferencias e inscribe similitudes en un recorrido a nombre propio.

En este sentido, encontramos que en ocasiones el hecho de identificar el síntoma del niño a un padecimiento similar en su infancia o un rasgo de carácter actual – “a mí también me han obligado a comer y es peor”, “si no tendría que trabajar yo tampoco saldría de mi casa”- lejos de funcionar como modo de decodificar el sufrimiento del niño opera en cambio como sentencia que lo coagula, alienando al sujeto.

De esta manera, colegimos efectos identificatorios determinados tanto por lo que el adulto ofrece como por los modos de alteración consustanciales a su inscripción en el yo. Volveremos luego sobre esta dualidad de la identificación pero es preciso enfatizar que no hay identificación sin metabolización del yo –solo es tal en su forma reflexiva- pero al mismo tiempo no es un empuje endógeno sino una propuesta del otro, y como tal puede inscribirse de diferentes maneras. Sobre esa heterogeneidad

¹⁶ En este sentido, creemos que las normas y prácticas que configuran el sistema de discapacidad actualmente colaboran incitando estas formas de vinculación con las dificultades en la infancia, tal como lo hemos desarrollado en el artículo *La discapacidad certificada. Patologización y medicalización de la infancia*, publicado en el N°6 de la *Revista Escritos de Posgrado*, disponible en <https://escritosdeposgrado-fpsico.unr.edu.ar/ojs/index.php/escritosdeposgrado>

pretendemos avanzar en nuestro próximo apartado y nos serviremos para ello del estudio de la *mímesis*.

Imitación, identificación y mímesis: puntos de contacto y divergencias

En el jardín L. se sienta con sus compañeros, pone su mantel y su plato, se sirve algunas galletitas del recipiente que la señora deja en el centro, saca su taza y pide mate cocido. Sin embargo, cuando termina el tiempo de la merienda, tira las galletitas al tacho.

Todos los días L. hace la escena de la merienda, pero no merienda. En el recreo, “está en el lio de chicos pero no juega” dice su docente. Se confunde entre sus compañeros pero no participa, no está ahí.

Una serie de interrogantes se desprenden de este relato: ¿De qué manera se incluye L. en estas escenas?, ¿Qué es lo que nos impacta como *artificial* en sus ritos si conocemos el carácter arbitrario de las imposiciones culturales y su carácter exógeno? y, fundamentalmente, ¿por qué sigue esos rituales, qué función cumplen?

En su escrito de 1949 *El estadio del espejo como formador de la función del yo [“je”] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*, que recorrimos detenidamente en el capítulo tres, Lacan (2014a) introduce el problema del mimetismo de la mano de las teorizaciones de Roger Caillois afirmando que se trata de hechos de identificación *heteromórfica* (p.101). De esta manera los contrapone a la identificación que denomina *homeomórfica*, en la que incluye los ejemplos de la zoología respecto a los efectos que la imago puede tener sobre el organismo, y la identificación especular que precipita al infans a la forma total del yo.

Allí Lacan califica de “ridículo” el intento por explicar los hechos del mimetismo a partir de la adaptación cuando estos se refieren al sujeto humano. Reafirma así la tesis de Caillois quien en *Mimetismo y psicastenia legendaria* (1935) propone que lejos de significar, como en el mundo animal, una herramienta de supervivencia, “el mimetismo sería una patología que afecta la distinción entre el organismo y el medio, por la cual el organismo no está en *un* medio sino que además es ese medio” (Abadi, 2015, p. 36). Trastocamiento de la relación del organismo con su realidad, del *Innenwelt* con el *Umwelt*, a raíz del cual el sujeto se confunde con sus objetos hasta perderse en ellos. Esto es, en un fondo veteado, *se vuelve veteadura* (Lacan, 2012,

p.106). La mimesis desmonta así el engaño del yo, que se cree idéntico a si mismo pero también evidencia que la ausencia de ese espejismo lo conduce a *ser nadie, ser nada*.

Entrevemos una función defensiva de la identificación -conjurar la angustia de fragmentación y permitir el trazado de un límite que preserve al yo al tiempo que lo constituye- mientras que vemos al mimetismo distanciarse del camuflaje del animal para coincidir en cambio con una verdadera indiferenciación que arrastra la pérdida de sí.

¿Y qué lugar darle a la *imitación*, desde esta perspectiva? En su estudio de las ideas de Roger Caillois, Florencia Abadi (2015) pone el acento en la dimensión material-corpórea de la mimesis, que es aquella que seguiremos con el afán de ahondar en una distinción entre los mecanismos de imitación, mimesis e identificación que aporte luz a las situaciones con las que nos encontramos en la clínica con niños.

Esta filósofa señala que el aspecto material-corpóreo del mimetismo ya está presente en el tratamiento que Platón hace de este en *La república*, donde lo explica como una extensión de la imitación, sin darle un carácter particular. Para Platón la mimesis es efecto de que “La imitación produce efectos fuera del ámbito de la ficción: si empezamos por imitar los gestos de lamento, de amor, o los sonidos de los animales, nuestro cuerpo acabará por hacerlos suyos de manera involuntaria.” (Abadi, 2015, p. 34).

En contraposición, desde la óptica de Caillois, es posible considerar que la primacía del cuerpo y el carácter involuntario antes que una continuidad lo que instalan es una ruptura. En este sentido, la autora subraya: “La mimesis en el hombre no es para Caillois una mera simulación, sino un acontecimiento inconsciente, incontrolable, afectivo, que involucra de manera definitiva el comportamiento y el cuerpo” (p. 38).

La imitación, entonces, se nos hace comprensible en una analogía con la representación teatral, es decir, la simulación de quien “hace las veces de” o el “como si” del llamado juego de imitación. En todos los casos, la imitación deriva de una acción consciente, voluntaria y circunscripta en un tiempo y espacio. Estas condiciones desaparecen en el caso de la mimesis, que Caillois ilustra con una cita de la Cábala: *Tened cuidado: jugando a los fantasmas, se vuelve uno fantasma*. ¿Cómo distinguir, en

el trabajo con nuestros pacientes, cuándo jugamos a los fantasmas y cuánto estamos frente a uno?

Imitación, identificación y mimesis: lecturas de la clínica

Luego de estas precisiones conceptuales podemos retomar la descripción con la que dábamos inicio a este apartado, dejándonos guiar por nuestras preguntas. Hasta aquí ubicábamos algunas *particularidades* que llamaban la atención en el ámbito escolar. Ahora bien, ¿qué ocurría en transferencia, en la especificidad de nuestro trabajo con L.?

Su juego es estereotipado¹⁷. A cada muñeco le corresponde un alimento: Mickey solo come limón, Pluto banana y Goofy lechuga. La sugerencia de modificar o intercambiar algo es inadmisibile.

L. no representa un papel en el juego sino que narra una historia –que es siempre la misma y se repite sin variaciones- que acompaña con el movimiento de los muñecos. Tampoco admite, por lo tanto, intercambiar lugares. En este caso, resulta estéril pretender transformar la rigidez del juego vía interpretaciones. Más bien apostamos a franquear la narración deshabitada tomando nosotros un lugar en la escena, prestándole a un personaje cuerpo y voz. Por esta vía el juego comienza a tomar nuevas configuraciones.

En una sesión, L. juega a que un cangrejo molesta a otro pez. En cierto momento, un pulpo hace su entrada en escena y comienza a gritar frases cuyo sentido no se alcanza a comprender. En respuesta, el cangrejo contesta otras que resultan igual de absurdas, pero el tono de voz cambia y ahora es tímido, susurrando.

Adivino en esta escena un *reto* y un *pedido de disculpas* pero el contenido del enunciado nada tiene que ver con esto. L. repite un tono de voz, una expresión no-verbal; reproduce un gesto social convencional pero como *cáscara vacía*.

¹⁷ Para un análisis minucioso de estas detenciones del juego en la infancia, asunto que excede los objetivos de esta tesis, es posible consultar Ciurluini, J. (2021). *Texturas de la repetición y usos del objeto: Matices del jugar*. [Tesis de Maestría en Psicoanálisis, Universidad Nacional de Rosario, Facultad de Psicología] – Biblioteca virtual UNR. Allí se propone una lectura estética y económica del jugar que poniendo a trabajar el concepto de repetición del psicoanálisis aporta valiosas orientaciones.

Nos aventuramos a conjeturar que la mimesis nombra un ritual que se descuelga de su contexto. Una repetición del gesto, el tono, los ademanes, que en su amplificación impacta como artificio. Hallamos una copia que en el miramiento por el detalle impide confundirla con un juego de imitación.

El trabajo con niños afectado de fallas en la identificación ha hecho en varias ocasiones que registre gestos, conductas, muletillas, que permanecían imperceptibles para mí misma. Casi podríamos decir que estos niños funcionan como un espejo del otro, amplificando ese rasgo sutil e insignificante a partir de una repetición incansable de ese detalle. Gracias a uno de mis pacientes me he percatado de que al pasar las páginas de un libro, ante cada imagen pronuncio un “ah!” de sorpresa; y en el trabajo con otro reconocí que “fantástico” es una expresión que uso habitualmente. También fue gracias a que un paciente repitiera una exclamación que reconocí como eco de una expresión propia –un grito que conjugaba el miedo y el placer antes de descubrir algo atrás de la cortina o adentro del armario- que advertí lo alto y agudo de mi tono de voz al hacerlo.

Nos permitimos aquí hacer una disquisición. Consideramos que aporta claridad retomar la diferencia que Omar Calabrese (1999) establece entre “detalle” y “fragmento” tomando como variable la relación entre la parte y el todo: el detalle remite al todo, mientras que el fragmento está desarticulado de este, de modo que es imposible conocer su procedencia.

Si antes hablamos de la repetición de un *detalle* es porque reconocimos en esas muletillas el eco de una expresión que identificamos como propia. Nos figuramos –por la vía de una hipótesis sin certeza- un conjunto de partida del cual se extrajo ese rasgo que se reitera de manera idéntica. Desde esta lectura podríamos suponer allí una imitación. Pero para estos niños esos rasgos operan como fragmentos carentes de ligazón con el todo –de ahí que digamos que se descuelgan del contexto- y por lo tanto tienen carácter mimético, ya que el *homenaje* es involuntario.

Por otra parte, decíamos que nos encontramos con una sensación de artificialidad, un exceso que impacta en la repetición del gesto o el tono. Detengámonos en esta idea de *amplificación*. En esta dirección, Bleichmar (2014) ensaya en uno de sus seminarios una fórmula a propósito de la relación entre

identificación y mimesis: “cuanto menor profundidad, mayor extensión de superficie” (p.321). Comprendemos rápidamente a la mimesis como la extensión de un rasgo hasta cubrir la totalidad del ser, pero nos resta descifrar qué significa que la profundidad se vea afectada.

Desde una perspectiva distinta a la de Caillois, que examinamos anteriormente, esta analista explica la mimesis como consecuencia de un *déficit metabólico*¹⁸, lo que le permite afirmar que *la ecolalia es una mimesis diferida*. Si bien no nos interesa aquí analizar específicamente este fenómeno del lenguaje, sus argumentos aportan valiosas orientaciones para esclarecer la distancia entre *identificarse* y *mimetizarse*. Bleichmar (2014) dirá:

La ecolalia es una mimesis diferida. El sujeto *repite algo que no incorpora necesariamente como lenguaje*. La ecolalia marca una falla en la producción del lenguaje, lo que he trabajado varias veces como no posibilidad de uso de las personas psíquicas. El uso de la persona psíquica implica una *metábola* del lenguaje. *Las formas miméticas de uso del lenguaje son formas en las cuales no hay transformación* [las cursivas son nuestras]. (Op. cit, p.322)

Retengamos la idea de *falla en la producción*, que leemos como detención de un trabajo, el de incorporación. Sin posibilidad de transformar lo recibido aquello que se toma del otro queda en la superficie, *resbala*. Por otro lado, cabe subrayar la lectura que aquí nos presenta del mimetismo como una alteración *en el uso*, al que entendemos como efecto de *profanación* tal como lo desarrollamos en el primer capítulo de esta investigación.

Bleichmar avanza un poco más y propone no sólo una interpretación en termino de déficit, sino también de recomposición, una función defensiva de la mimesis, como “el lugar donde algo se articula, precisamente, como una forma de organizar, como si fuera una suerte de acartonamiento de superficie que contiene un caos interior” (p.330) Se trata aquí, entendemos, del caos pulsional, y podemos ahora

¹⁸ En referencia al concepto de *metábola*, que analizamos en el primer capítulo de esta tesis.

conjeturar que la *falta de profundidad* a la que aludimos antes tiene que ver con una insuficiencia para defender al sujeto de esta ajenidad interior.

La identificación conlleva una fracción de denegación de lo que el otro ofrece, que habilita a fundar algo distinto. En esta posibilidad de establecer una diferencia ubicamos la separación entre mimesis e identificación. Por otro lado, la propuesta de la mimesis como falla en la defensa nos abre el paso para indicar que lo central de la diferencia entre identificación y mimesis no es cuán exacta es la copia –no basta por lo tanto una lectura descriptiva- sino los efectos que se desprenden de no contar con la posibilidad de separar actor y personaje, identificado e identificante. Adelantamos aquí una hipótesis de trabajo, ya que será precisamente en ese intervalo -entre identificado e identificante- donde nos detendremos en el próximo apartado.

El intervalo entre enunciado identificatorio e identificación

En el primer capítulo de esta tesis la teoría de la identificación de Aulagnier nos proporcionó una dirección para indagar lo *propio* en un recorrido de investigación que partía de cuestionar las perspectivas deterministas en la clínica psicoanalítica con niños. Ahora retomaremos este modelo teórico en tanto aporta una sutil diferenciación entre el *enunciado identificatorio* ofrecido por el otro, y la *identificación* como operación del yo, la cual resulta significativa para nuestra investigación.

Aulagnier (2016) nos guía en un recorrido en el cual el niño recibe un alimento identificatorio, una serie de enunciados de los que en primer lugar se apropia mediante la reproducción para sólo más tarde ocupar el lugar de enunciante (p.21). En esa torsión hallamos a la identificación en su pleno sentido: el yo se identifica tomando elementos de ese discurso y reorganizándolos con un sentido nuevo.

Esta autora construye el supuesto de un primer tiempo de indiferenciación entre el *Yo anticipado* por el adulto –su representación de la existencia del yo del infans, sus sentimientos e ideas, junto a las interpretaciones que proyecta acerca de su causa- y el *Yo a advenir*. En este tiempo

La relación que establece la madre con la sombra hablada, con el Yo anticipado, es una relación a-conflictiva. (...) Los anhelos identificatorios que la

madre formula en nombre del lactante en esta primera fase no se enfrentan con anhelos diferentes que el Yo del niño podría formular y catectizar (Op. Cit. p. 131).

La indistinción se revela en la ausencia de cualquier clase de desavenencia con los enunciados ofrecidos por el otro. En todo caso, lo que agujerea en este tiempo el saber materno es el funcionamiento somático del cuerpo del niño, que conserva su carácter enigmático e insumiso.

Paralelamente, el encuentro del niño con lo exterior a sí –inicialmente bajo la forma de su cuerpo y el yo de la madre- conduce al reconocimiento de dos espacios corporales y psíquicos separados¹⁹. Esta analista hace jugar dos espacialidades que resultan simétricas en un punto de vital importancia a los efectos de esta tesis: un anudamiento continuo entre psiquismo y cuerpo.

De este modo, la función materna no será únicamente dar significación al sinsentido que representa para el niño la realidad que lo rodea, sino que hará intervenir su propio placer. Es decir que será necesario que al hablarle al niño su cuerpo –su voz, sus modos de acariciar, la presión muscular al cargarlo- testimonie una experiencia placentera.

Complementariamente, las experiencias de sufrimiento también tendrán un lugar central en la constitución de ese espacio psíquico-corporal; el yo experimenta al cuerpo como fuente de placer y también recibe noticia de él como lugar de sufrimiento. Y será luego de un arduo trabajo –en el que los enunciados que el otro provee ocupan un lugar fundamental- que termine por creer que el cuerpo-placer y el cuerpo-sufrimiento son uno y el mismo.

Es fundamentalmente el cuerpo como fuente de dolor e insatisfacción aquel que se revela como definitivamente exterior, no idéntico al yo; y esto ya que el sufrimiento le impone al yo una paradoja dramática: a pesar del padecimiento que le imponga, no puede seguir existiendo si no conserva la catectización del objeto-cuerpo.

En consecuencia, porque odia el displacer

¹⁹ Tal como fue desarrollado en el primer capítulo de esta tesis. (p.10)

el Yo puede odiar a su cuerpo, pero como ese odio podría conducir al asesinato del cuerpo y la desaparición del Yo, es necesario que el sufrimiento, gracias a la mediación y al aporte de significaciones del discurso materno pueda ser atribuido a una causa que ya no haga responsable al cuerpo propio. (Aulagnier, 2016, p. 115)

De esta manera, todo el campo de las *sensaciones*, las formas más o menos sutiles del dolor, se anudan a la *respuesta* que produjo en el otro (aun la falta de respuesta), y el *discurso* que posteriormente le asignará un sentido y una causa²⁰.

Si el enunciado identificatorio ofrece una serie de interpretaciones, proporciona un mito de origen, Aulagnier (2014) puntualiza que ese enunciado “será metabolizado por el niño en una significación a partir de la cual elabora *su propia teorización* sobre la causa de todo lo que refiere al origen: de sí mismo, del placer, del displacer, del mundo” (p.199). En este giro la identificación deviene una función del yo pero para ello es condición que, de entrada, tenga el “derecho a reconocerse como agente de una función pensante autónoma, a sentir placer creando pensamientos que podría reivindicar como producción propia (p.312). Es decir, que desde el inicio es preciso que se anticipe al Yo como un sistema con capacidad de producir sus propias significaciones.

De esta manera, nos reencontramos con aquella conclusión que nos dejaba nuestro anterior apartado, la que nos conducía a ubicar la distinción entre mimesis e identificación en la posibilidad de establecer una *diferencia*.

La identificación resulta un concepto fundamental porque aúna lo *común* y lo *diferente*, permitiendo un abordaje del objeto de esta investigación—la existencia de lo propio— en el punto en que se superponen. De esta manera, el problema que introducimos al comienzo de esta tesis retorna bajo nuevos términos: procuramos, en el trayecto propuesto en este último capítulo, fundamentar la hipótesis de la

²⁰ Cabe subrayar en este punto que, un primer tiempo —aquel que en palabras de la autora corresponde al imperio del proceso primario—, si bien existe una representación de *dos espacios* psíquicos separados, ambos se representan sometidos al poder absoluto del deseo de *uno solo*, el espacio psíquico de la madre

identificación como el mecanismo por el que el yo lleva adelante su trabajo de *apropiación*. Este salto sólo se comprende tras el recorrido que nos condujo –en los capítulos precedentes- a indagar el modo en que el cuerpo es afectado por la pulsión y a desarrollar su carácter narcisista e imaginario.

Iniciamos nuestro capítulo cuarto recuperando la definición del yo como *proyección psíquica de la superficie del cuerpo*, y como *esencia-cuerpo* al interior de la segunda tópica freudiana. En este marco, la identificación implica, primero, una operación temprana de constitución del yo a partir de una primera forma de envoltura que separa interior-exterior. Así, la multivocidad de la noción de “límite” subraya la coincidencia de un *borde* que circunscribe un cuerpo como superficie; a la vez que una *defensa*. Este matiz del sentido permitió trazar la función defensiva de la identificación.

En segundo lugar, la identificación subraya el papel del otro pero al mismo tiempo es el epicentro de la capacidad del yo de abandonar sus objetos. En este sentido, el intervalo entre *enunciado identificatorio* e *identificación* que recuperamos hacia el final de este apartado localiza precisamente la duplicidad de lo identificatorio, su posición intermedia y su función constitutiva.

Anteriormente, pretendimos dar cuenta de ese territorio de intercambios -ni recíprocos ni simétricos- entre el adulto y el niño a partir de apoyarnos en las dos acepciones de la noción de identificación que recupera Silvia Bleichmar. Enfatizamos la *captura ontológica* del infans como basamento del mecanismo de identificación, y los tropiezos que acontecen en ese proceso.

La referencia a fragmentos de situaciones clínicas vino a mostrar el papel que le atribuimos a la identificación –piedra angular en la construcción de lo propio y mecanismo de defensa del yo- por la vía de una lectura de los efectos de su fracaso.

Para alcanzar esta conjetura fue necesario primero definirla a partir de sus distinciones con otras dos nociones lindantes: la *imitación* y la *mimesis*. Analizamos a esta última, junto a Lacan, como una perturbación de la relación del organismo con su realidad, y como un déficit metabólico, sirviéndonos de los aportes de Bleichmar. Asimismo situamos su carácter involuntario, la sensación de extrañeza que despierta, la amplificación del detalle que comporta, y la preeminencia de la extensión por sobre la profundidad como cualidades que permiten circunscribirla.

Partimos entonces de circunscribir el fenómeno mimético teóricamente para luego ensayar una delimitación del mismo en términos clínicos. Procuramos destacar no únicamente las dificultades que entraña sino también –y fundamentalmente- su función de recomposición.

Conclusión

Esta tesis nace del encuentro, en el marco de una práctica analítica, con modos del cuerpo –*cuerpos atrapados en la compulsión, inertes, agitados, impúdicos, desinhibidos, desarticulados*- que despertaron inquietudes e interrogantes que excedían nuestro marco teórico, insuficiente para contenerlas.

Dar cuenta de la construcción de lo propio es también la pregunta por el espacio que separa y a la vez vincula al sujeto con un otro diferente de sí. Identificamos profundas convergencias entre la posibilidad de habitar un espacio recortado del otro y el armado de un cuerpo. Esa confluencia es la que presenta el título de la tesis.

En el intento por delimitar un objeto en la multiplicidad de dimensiones del cuerpo para llevar adelante este estudio, el requerimiento metodológico se topó una y otra vez con el obstáculo de las imbricaciones entre estas, que dificultaron enormemente la tarea de capitulación. Como una banda de moebius, avanzar en un aspecto del armado del cuerpo inevitablemente nos encontraba aludiendo a otro, en la forma de pasajes, contraposiciones, enlaces o intersecciones.

Por este motivo nos vimos obligados a perseguir los matices de sentido; a emprender en ocasiones una búsqueda léxica de los términos, las expresiones, que mejor logran capturar las realidades esquivas con las que nos enfrentamos en la práctica, y de cuya realidad solo tenemos indicios fragmentarios, interpretaciones.

Ensayamos entonces una teoría de lo propio en psicoanálisis. Para ello, fue necesario apropiarnos de los conceptos de autores de quienes nos reconocemos discípulos, profanándolos en nuevas articulaciones y usos. Arribamos, por lo tanto, en la construcción de esta tesis, a una composición que en definitiva no inventa nada nuevo –todo lo aquí dicho puede rastrearse en los fragmentos de las teorías de distintos analistas que hemos ido desplegando- pero que al mismo tiempo se materializa en un recorrido de lectura singular, balizado por las referencias que han orientado nuestra práctica clínica en las dificultades a las que esta nos enfrenta.

A lo largo de todo este trabajo se evidenció la distancia entre *lo propio* y el *apropiarse*, reconfigurando nuestro objeto de investigación. No se trató de dar cuenta de lo propio como propiedad o precipitado, sino de rastrear la singularidad de los

mecanismos de su construcción. Lo propio como tal no subsiste más que como artificio conceptual, se desvanece en el instante mismo en que se lo alcanza, revelando su carácter engañoso. Lo que en cambio resulta crucial -y que se instala como parteaguas en la clínica psicoanalítica con niños- es si existen las condiciones que hacen posible tal ilusión.

Partimos de una revisión crítica de aquellos paradigmas en que la existencia de lo propio es anulada en favor de explicaciones del sufrimiento en la infancia en las que el síntoma del niño no es más que una proyección, una copia –devaluada- del psiquismo parental. Por el contrario, rastreamos en distintos autores aquellos modelos del aparato psíquico que le otorgaran cualidades de *producción* o recomposición.

Insistimos por lo tanto en una *construcción de lo propio*. Desde la perspectiva filosófica ofrecida por Agamben nombramos ese trabajo como una *profanación* que produce un nuevo *uso* del cuerpo, dimensión esencial que elegimos subrayar. Por su parte, Laplanche nos ofreció otro modo de nombrar nuestro objeto sirviéndonos del concepto de metábola. Desde este enfoque, privilegiamos en cambio el mecanismo por el cual lo propio se ha de construir, valiéndose de operaciones de traducción y transcripción, metonimia y metáfora.

El recorrido por la teoría de Aulagnier, por su parte, nos permitió poner el foco en el agente de dicho trabajo, que situamos *entre* el infans y el adulto encargado de su supervivencia, en un vaivén que impide priorizar a uno u otro. Los desarrollos de esta analista permiten entrever que lo propio lleva las huellas de un sentido prestado y, en última instancia, extranjero. El cuerpo habla y sus dichos son traducidos en significaciones; a la vez, quien escucha es un intérprete entre el recién nacido y un código que envuelve a ambos y no le pertenece a ninguno.

Sin embargo, consideramos que los aportes más valiosos se desprenden de la obra de Winnicott. Su teoría de los fenómenos transicionales nos habla de una *zona intermedia* que no forma parte ni de la realidad exterior ni del mundo interior, dando un nuevo enfoque a nuestro tema.

La paradoja de la creación por parte del bebé de un objeto que ya estaba allí esperándole, y que al mismo tiempo solo existe tras haber sido creado por él puso en evidencia la *ilusión* en su sentido más fecundo. Liberarnos de la sujeción a la lógica de

lo verdadero y falso nos permitió sortear el estancamiento en el que nos hundimos cuando contraponemos lo propio a la prevalencia del otro en psicoanálisis, revelando en este par una falsa dicotomía. No hay nada *verdaderamente* propio, y tampoco es falso que lo propio existe.

Lo que nos interesa sustancialmente del concepto winnicottiano de “ilusión” es que habla de la vivencia de una realidad exterior ajustada a la capacidad de creación del niño, que sin dudas es posibilitada por la función parental pero que lejos de presentarse con un carácter mítico defiende su realidad experiencial. En consecuencia, la ilusión da cuenta de un tipo de materialidad muy particular, de la que nos interesa destacar su carácter necesario, en términos de condición para la permanencia del yo.

Las consideraciones hasta aquí expuestas –y que desplegamos mayormente en el primer capítulo de este estudio- fueron nuestro punto de partida para despejar prejuicios y situar las bases sobre las que nos apoyaríamos, una y otra vez, en nuestro recorrido. En ocasiones lo hicimos para sentar posición, explicitando nuestra implicación en este tema, otras veces para contornear nuestras vacilaciones, poniendo de manifiesto las opacidades a las que nos enfrenta la práctica del psicoanálisis.

Tal vez no hallemos mejor ejemplo de tal opacidad que el concepto de *pulsión*, invento freudiano que logra capturar las contradicciones que el cuerpo revela para quien se dispone a escucharlo. Dejándonos conducir por las implicancias de la pulsión en el armado del cuerpo, descubrimos en lo *propio* la consecuencia de un trabajo de dominio sobre esa alteridad radical.

Avanzamos lentamente en los tiempos de la constitución psíquica para apreciar los modos en que el cuerpo se va tramando, sus intersecciones, sus nudos y desgarros. Un cuerpo erógeno, efecto de excitaciones implantadas por el otro, comenzó a perfilarse al acompañar los modos en que Freud construye el concepto de pulsión, y aún más al detenernos en los impasses de esa conceptualización, ahí donde Jean Laplanche encuentra el punto de partida de sus tesis fundamentales. Subrayamos cómo, en virtud de la desproporción por la que los primeros cuidados son parasitados por la sexualidad paragenital del adulto, la sexualidad infantil deviene autoatacante.

Al rastrear los modos de defensa que se alzan contra esta cualidad perturbadora del cuerpo pulsional la escritura avanzó en un pasaje permanente entre

poner las operaciones del sujeto en el centro o atender a las condiciones que las vuelven posible, es decir, enfocarnos en el otro. Constatamos en ello una verdad respecto del acento de la determinación que, a fuerza de reencontrarlo a lo largo de toda nuestra investigación, se impone como conclusión fundamental.

Dejándonos conducir por el análisis de las defensas distinguimos un cuerpo que se constituye de la mano de los aparatajes contra la pulsión. Una lectura económica dio lugar a modalidades de rebaja, desvíos, retenciones, ligazones, que frente a la imposibilidad de paralizar un empuje constante logran al menos imprimirle una nueva configuración.

Sostuvimos en efecto que el yo se apropia de una dimensión del cuerpo en tanto que otra continuará siéndole ajena. Respecto de la primera –que hace al objeto de esta tesis- retomar la teoría del yo que Freud construye en el *Proyecto de una psicología para neurólogos* (1895) y detenernos en la noción de “vías colaterales” nos dirigió a reconocer en la inhibición no solo una operación primaria sino una condición necesaria para la apropiación del cuerpo en la infancia. Esto implica advertir un aspecto de la representación del cuerpo –de la construcción de lo propio, podríamos agregar- que privilegia lo económico por sobre los *sentidos* que el lenguaje captura; y sobre la cual se apoya la cualidad imaginaria del cuerpo y el funcionamiento identificatorio, que analizamos en capítulos posteriores.

Simultáneamente, a través de la articulación que Omar Amorós realiza del pensamiento de Freud, Klein y Winnicott nos afirmamos en una premisa decisiva: un resto de lo expulsado por el infans debe poder ser *retenido* en el cuerpo materno. A su vez, comprendimos la “*instrumentalización del cuerpo propio*” como la materialización de un persistente trabajo de inhibición. La hipótesis de un fracaso en estas operaciones como fundamento de las dificultades de la práctica de las que partimos es la conclusión a la que arribamos luego de este tramo de nuestro estudio. En esta vía el análisis de las primeras modalidades de defensa del yo, junto a sus desanudamientos y tropiezos, logra articularse con modos de intervención en el marco un psicoanálisis con niños.

Si admitimos cierto reduccionismo podemos afirmar –recapitulando lo dicho hasta aquí- que si la pulsión subvierte una función, la del instinto, otra es reencontrada

gracias a la inhibición. Bajo una legalidad distinta y hasta antagónica a la función neurobiológica, esta operación hace surgir una función de síntesis y una instrumentalización del cuerpo; y en ella –modo de defensa que atribuimos al yo– encontramos otro modo de nombrar la construcción de un cuerpo propio.

En nuestro tercer capítulo avanzamos sobre la articulación entre el yo y el cuerpo. En la investidura del yo como objeto libidinal –que discernimos como una premisa paradójica– hallamos una *permanencia* que resulta determinante para la conformación del cuerpo como totalidad. Por otro lado, evidenciamos la *precariedad* de su condición como la razón que incita su abandono, dirigiendo nuestra atención hacia la “función narcisizante” del otro adulto.

Por medio del concepto de *narcisismo trasvasante* dimos lugar a la tesis de una investidura narcisista del niño como objeto de amor que al mismo tiempo opera como motor de la represión. Nos detuvimos en el aspecto sonoro de la palabra como germen de la pulsión invocante, para señalar en ciertos modos de contacto, por el contrario, un efecto de contracarga. *Pausas, ritmos, modulaciones* se ubicaron como lo decisivo para hacer de la piel un órgano de intercambio tierno con el otro, en tanto rodeos que comportan un desvío en la meta pulsional. Persistimos en esta perspectiva, luego, a través de las nociones de vergüenza y pudor.

A continuación situamos el *estadio del espejo* –tesis de Jacques Lacan que fue desarrollada en distintos momentos de su obra– como una teoría acerca de la conformación del yo que ilumina su condición imaginaria, anticipada y ortopédica. Acompañamos los avances, insistencias y reformulaciones con las que Lacan va escribiendo esta teoría determinante para la clínica psicoanalítica con niños; en ocasiones para establecer las reflexiones que sus argumentos posibilitan, y en otros momentos para plantear nuestras divergencias.

Pusimos el acento en la ilusión que conduce desde una vivencia fragmentada del cuerpo hasta la imagen del cuerpo como *Gestalt*. Advertimos a su vez que su instalación tiene el valor de *contener* un caos de movimientos, dando lugar a la hipótesis de una armazón del cuerpo que conjura una experiencia mortífera.

“¿Qué significa *asumir* una imagen?” fue la pregunta que nos guio para investigar el lugar de la identificación en la perspectiva lacaniana de la constitución del

yo. Arribamos por esta vía a un punto nodal de esta tesis: el cuerpo se integra al yo al punto de confundirse con este, y ello implica que toda una dimensión de lo corporal permanezca de costumbre inadvertida. En ausencia de ese *olvido*, el cuerpo orgánico puede devenir un suplicio, tras el cual el sujeto agoniza.

Por otra parte, en contra de perspectivas que conciben a la identificación como un acto súbito, planteamos en cambio la existencia de múltiples formas clínicas de armado o apropiación del cuerpo; a la vez que la posibilidad de *impasses* y crisis en las que resurgen formas más primarias sin que ello signifique la inexistencia de un cuerpo constituido como unidad imaginaria.

Avanzamos a continuación siguiendo los modos en que Lacan complejiza su esquema para incluir el lugar del Otro (A) allí. Para que la imagen especular se constituya es preciso que se enlace a un conjunto de significantes que preexiste y anticipa al yo, condición que define la *función de reconocimiento* del Otro.

El recorrido por las aristas en que sale a la luz la dimensión simbólica del cuerpo nos condujo finalmente a la propuesta del *rostro* como precursor del espejo, aporte de Winnicott a la teoría del estadio del espejo. Su trabajo tiene el valor de introducir –al sustituir el espejo por el rostro humano como superficie de reflexión- la mediación de una interpretación entre el niño y su reflejo, que depende ahora de los gestos - imprecisos, variables, efímeros- que componen el rostro de quien lo mira.

Ahora bien, esa función de espejo del rostro puede afectarse y de ello se desprenden una serie de consecuencias. Desde este enfoque, ciertas dificultades -la necesidad de un permanente contacto corporal, la desesperación ante la ausencia del otro, el enfrascamiento en sensaciones propioceptivas, la retirada de la mirada, las interferencias en la comunicación no verbal, o el hecho de que un sutil imprevisto desencadene un tormento en el que la unidad del cuerpo parece hacerse trizas- fueron reconducidos a tropiezos en el juego de reflejos por los que el yo alcanza una imagen de sí en los primeros tiempos de la constitución psíquica.

El objetivo de hallar los caminos por los que lo propio logra constituirse, y los mecanismos de los que se sirve en tal propósito nos condujo prontamente a hablar de la identificación, pero el análisis exhaustivo de este concepto debió esperar hasta nuestro último capítulo. Aun así, estos desarrollos preliminares nos movieron a

sostener, desde el título mismo, que su papel en la conformación de lo propio es esencial.

Esta afirmación es indisociable de la teoría de un *yo constituido por identificaciones* que Freud elabora en 1923, de la mano de la segunda tópica del aparato psíquico. Persiguiendo los puntos nodales de este escrito dimos lugar a una explicación de la formación del yo como un lento proceso de emancipación de sus objetos por la vía de apropiarse de un aspecto de este. Desde esta perspectiva, sostuvimos que los efectos de la identificación en la instalación del yo están determinados tanto por lo que el otro ofrece como por la heterogeneidad de su inscripción.

La contraposición de la identificación con las nociones de imitación y mimesis fue el enfoque elegido para circunscribir sus contornos. El entrecruzamiento entre filosofía y psicoanálisis -campos disciplinares diferenciados pero en permanente diálogo- permitió ahondar en el estudio de la *mimesis*, aportando fundamentos teóricos que permitieron darle estatuto conceptual. Al mismo tiempo, estas reflexiones echaron luz sobre los modos de sufrimiento infantil con los que nuestra práctica nos confronta, en una articulación insospechada al inicio de esta investigación. Comprendimos por esta vía que el mimetismo desmonta el engaño del yo, que se cree idéntico a sí mismo, pero también evidencia que la ausencia de ese espejismo lo conduce a *ser nadie, ser nada*.

Situada en el ámbito de la clínica psicoanalítica, la mimesis comparte con la identificación su carácter involuntario e inconsciente. Sin embargo, se diferencia de esta en aspectos que afectan gravemente la estabilidad del yo. En esta tesis propusimos nombrarla como un *ritual desacoplado de su contexto*, o una *repetición amplificada del detalle*, adjudicando a estos rasgos el impacto que produce en el otro, como artificio o cáscara vacía. A su vez, en la preeminencia de la *extensión* en detrimento de la *profundidad* localizamos el núcleo de su insuficiencia para conducir a la *construcción de lo propio*, aquello que permite reconocerla como un camuflaje sin verdadera *apropiación*.

Por su parte, la definición que nos proporcionó Silvia Bleichmar de la mimesis como un “acartonamiento de superficie que contiene un caos interior” fue la vía para

retomar y acentuar la función defensiva que atribuimos a la identificación. Así, el intento por delimitar una noción de mimesis desde una perspectiva clínica tuvo el valor de situar allí la evidencia de un tropiezo al mismo tiempo que el lugar de una recomposición. Pretendimos poner de relieve en estas situaciones no una ausencia de toda defensa sino más bien un desfallecimiento y una *suplencia*.

Alcanzamos por último, tomando las diferenciaciones que propone Piera Aulagnier, una conceptualización de la identificación como el proceso por el cual el yo descompone los elementos de los *enunciados identificatorios* que lo anticipan, para otorgarles un nuevo sentido. La constitución de una representación del cuerpo desempeña aquí un papel clave.

El niño conoce su cuerpo como fuente de placer y como epicentro de experiencias de sufrimiento, y hemos subrayado que son fundamentalmente estas últimas las que motorizan el acoplamiento de una dimensión del cuerpo al yo, y el reconocimiento de las diferencias que lo separan del otro. Al mismo tiempo, para soportar el padecimiento del cuerpo, es preciso contar con interpretaciones –cuya provisión es exógena- que extirpen de su propio cuerpo la causa del mismo.

Una serie de líneas de investigación nos salen al paso como corolario de estas reflexiones.

El trabajo con nuestros pacientes nos encuentra con matices del cuerpo que nos hablan de aquello que es *preverbal, no verbalizado y no verbalizable*. Si la palabra comandada por la asociación libre es la herramienta que al interior del dispositivo analítico permite de manera privilegiada acceder a las marcas del significante en el cuerpo, allí donde falta la palabra es preciso recurrir a otras materialidades, ir tras otras huellas. Siguiendo esta dirección, propusimos en esta investigación que estos matices del cuerpo –atravesados por las lecturas de una práctica analítica- pueden constituir vías de acceso a huellas anteriores a la representación. En este punto, advertimos que un trabajo en mayor profundidad de la noción de representación permanece como un asunto no resuelto en esta tesis, que amerita futuras indagaciones.

Por otro lado, nos propusimos indagar la existencia de lo propio desde el paradigma teórico y epistemológico del psicoanálisis, y la perspectiva que elegimos

para su abordaje fue el estudio de la constitución del cuerpo en la infancia. Por lo tanto, futuras investigaciones que tomen otros enfoques o privilegien otras dimensiones se presentan como un valioso complemento de nuestro estudio.

A su vez, reconocemos que ciertas nociones psicoanalíticas han sido desestimadas en este trabajo (como “si mismo” o “self”), como así también otros discursos que, desde otras matrices teóricas, intentan cercar el problema de la tensión entre lo propio y lo ajeno, o bien conceptualizar las cualidades de permanencia, unidad y continuidad del yo. Consideramos que su desarrollo enriquecería las ideas contenidas en esta tesis.

De igual forma, privilegamos en este trabajo una dimensión del cuerpo – la que es representada por el yo, y que presenta un carácter imaginario- descuidando otras o bien dándoles una menor elaboración. Encontramos asimismo en estas omisiones y carencias los indicios que podrían constituir puntos de partida de futuras investigaciones.

En síntesis, esta tesis pretende ofrecer una clave de lectura de las perturbaciones que incomodan lo que se espera de un cuerpo.

Hablar de 'cuerpo propio' despierta indignación en quienes entienden el psicoanálisis como doctrina. Sin embargo, intentamos mostrar qué significa *no tener un cuerpo propio*, siquiera como engaño del yo. A falta de un término que capture mejor aquello que aquí *falla*, no nos queda más alternativa que utilizarlo.

Ahora bien, adoptamos la noción de 'cuerpo propio' con una salvedad: no leer lo 'propio' en un sentido ontológico, sino como el nombre que damos a *una* de sus dimensiones.

Frente a la existencia de un aparato psíquico clivado que instrumenta modos de defensa al embate pulsional nos permitimos, como analistas, poner en relieve las sutiles extrañezas que revelan la alteridad del cuerpo. Pero en el trabajo con niños a dominancia psicótica esta ajenidad se vuelve pavorosamente manifiesta.

Nos encontramos con formas del cuerpo que desordenan la comodidad de las clasificaciones -o los binarismos que enfrentan una normalidad esperable a su pura ausencia-, derroteros que exhiben lo enigmático del cuerpo pero simultáneamente

revelan las implicancias de no contar con los artilugios que permiten desconocer esta evidencia.

De ahí que en la escritura de esta tesis se incluyeran fragmentos de casos clínicos. Estos tuvieron el valor de relanzar nuestras preguntas cuando la consistencia de la teoría podía seducirnos hacia simplificaciones que arrasaran con la complejidad de nuestra práctica.

Privilegiando la descripción clínica, dando sitio a nuestras conjeturas, hallamos en la precariedad del *reflejo de sí* que devuelve el rostro materno el motivo de cuerpos enredados, que se adhieren al otro buscando una superficie que se les escapa. Advertimos tras la compulsión al movimiento la ausencia de una zona de reposo que permita tomar distancia del mundo exterior y a la vez permanecer en contacto con este. Entonces reconocimos en el desamparo de lo *no inhibido* a pacientes atormentados en la tarea de prevenir el derrumbe.

Nos resulta posible ahora comprender los gestos forzados, las expresiones grotescas y las reproducciones ritualizadas como tropiezos de la identificación. Aún más, el estudio de la mimesis nos dio la clave para reconducir el *plagio* a un intento de recomposición.

Esta tesis es también la propuesta de una clínica psicoanalítica con niños que se hace con el cuerpo. Un trabajo exigente que interrumpe la distancia, la neutralidad y las interpretaciones sagaces. Una labor que requiere soportar el exceso y la extrañeza –que verdaderamente inundan el cuerpo del analista- para ofrecer a cambio vías de ligazón y simbolización. Solo así puede que el devenir de un tratamiento coincida con el entramado de un cuerpo, o las suturas de sus desanudamientos.

Referencias Bibliográficas

- Abadi, F. (2015) Mímesis y corporalidad en Walter Benjamin y Roger Caillois. *Cuadernos De filosofía*, (65), 33-45. Recuperado de <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/CdF/article/view/3632>
- Agamben, G. (2005) *Profanaciones*. Buenos Aires, Argentina: Adriana Hidalgo editora.
- Almagro, M. F. (2016) Lo pulsional y sus destinos: extravíos teóricoclínicos. En *Temas en Psicología*. Anuario 2016. (3). 50-62
- Almagro, M. F. y Caporale, M. L. (2018) El cuerpo en psicoanálisis: Sufrimiento adolescente en la clínica actual. En *Temas en Psicología*. Anuario 2018. (4) 15-35.
- Amorós, O. (2017) *El cuerpo del analista*. Rosario, Argentina: Otro Cauce.
- Aulagnier, P. (1986) Nacimiento de un cuerpo, origen de una historia. En AAVV (1991) *Cuerpo, historia, interpretación* (117-170) Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Aulagnier, P. (1994). *Un intérprete en busca de sentido*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Aulagnier, P. (2014). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. (2ª ed. 1ªreimp) Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Aulagnier, P. (2016) *Los destinos del placer*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Bassols, M., (2016). *Cuerpo de la imagen y cuerpo hablante*. AMP 2016. Recuperado en <https://www.congressoamp2016.com/pagina.php?area=8&pagina=38&lang=en&lang=es>
- Bleichmar, S. (1995). Las condiciones de la identificación. En *Revista de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados*, 21,(1) 201-219
- Bleichmar, S. (1999). *Clínica Psicoanalítica y Neogénesis*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Bleichmar, S. (2002a). El cuerpo como modelo de una impasse. En *Revista uruguaya de psicoanálisis*, 95, s/p.
- Bleichmar, S. (2002b). *La fundación de lo inconsciente: destinos de pulsión, destinos del sujeto*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu
- Bleichmar, S. (2009). *Paradojas de la sexualidad masculina*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

- Bleichmar, S. (2014) *Las teorías sexuales en psicoanálisis. Qué permanece de ellas en la práctica actual*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Bleichmar, S. (2015) *En los orígenes del sujeto psíquico. Del mito a la historia* (2a ed.) Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Bleichmar, S. (2016a). Buenos Aires, Argentina: Buenos Aires, Argentina: Paidós
- Bleichmar, S. (2016b) *Vergüenza, culpa, pudor. Relaciones entre la psicopatología, la ética y la sexualidad*. Buenos Aires, Argentina: Paidós
- Bleichmar, S. (2020) *El psicoanálisis en debate. Diálogos con la historia, el lenguaje y la biología*. Buenos Aires, Argentina: Paidós
- Bourdieu, P; Chamboredon, JC y Paseron, JC. (1994) *El oficio del sociólogo. Presupuestos epistemológicos*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI
- Bruner, N. (2017) *El trabajo del juego* (2° ed.) Buenos Aires, Argentina: Eudeba.
- Calabrese, O. (1999) *La era neobarroca*. Madrid, España: Ediciones Cátedra.
- Carignano, B. (2018) La carne y lo irreversible del cuerpo pulsional, en *Psicoanálisis en la universidad*, N°2, 31-49.
- Castoriadis, C. (2005) *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*. Barcelona, España: Gedisa.
- Ciurluini, J. (2021). *Texturas de la repetición y usos del objeto: Matices del jugar*. (Tesis de Maestría en Psicoanálisis) Facultad de Psicología, UNR. Rosario, Argentina.
- Deslandes, S. (2003) La construcción del proyecto de investigación Cap. II. En Minayo M.C.S (comp.) *Investigación social. Teoría, método y creatividad*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Lugar.
- Eco, U. (1986) *Cómo se hace una tesis. Técnicas y procedimientos de investigación, estudio y escritura*. Barcelona, España: Gedisa.
- Fernández Miranda, J. (2019) *El trabajo de lo ficcional*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Fernández Miranda, J. (2021). La investigación y la práctica del psicoanálisis. En *Revista psicoanálisis en la universidad*, 5(5) 63–83.
- Fernández, M. (2014). Notas sobre las transformaciones psíquicas de la adolescencia en la historia del psicoanálisis. *Revista Affectio Societatis*, 11 (21) 88-101.
Recuperado en <http://aprendeonline.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis>

- Freud, S. (1991) La interpretación de los sueños (1900) En *Obras completas. T. IV*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1992) Proyecto de psicología (1895) En *Obras completas. T. I* (2ª Ed) Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2013-a) Introducción del narcisismo (1914) y Pulsiones y destinos de pulsión (1915) En *Obras completas. T. XIV* (2ª Ed) Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2013-b) Psicología de las masas y análisis del yo (1921) En *Obras completas. T. XVIII* (2ª Ed) Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2014) El yo y el ello (1926 [1925]) En *Obras completas. T. XIV* (2ª Ed) Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2022) Inhibición, síntoma y angustia (1923) En *Obras completas. T. XX* (2ª Ed) Buenos Aires: Amorrortu.
- Giordano, A. (2005) *Modos del ensayo. De Borges a Piglia*. Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo Editora.
- Green, A. (1986) *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Hornstein, L. (2015) *Narcisismo: autoestima, identidad y alteridad*. Buenos Aires, Argentina: Paidós
- Lacan, J. (1988) Dos notas sobre el niño En *Intervenciones y textos 2*. Buenos Aires, Argentina: Manantial
- Lacan, J. (1999) *El Seminario, Libro 5: Las formaciones del inconsciente (1957-58)*. Buenos Aires, Argentina: Paidós
- Lacan, J. (2011) *El Seminario, Libro 4: La relación de objeto (1956-57)*. Buenos Aires, Argentina: Paidós
- Lacan, J. (2012) *El Seminario, Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1964)*. Buenos Aires, Argentina: Paidós
- Lacan, J. (2014-a) El estadio del espejo como formador de la función del yo [“je”] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica (1949), y Acerca de la causalidad psíquica (1946). En *Escritos 1*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.

- Lacan, J. (2014-b) Observación sobre el informe de Daniel Lagache: "Psicoanálisis y estructura de la personalidad" (1960) En *Escritos 2*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2015) *El Seminario, Libro 1: Los escritos técnicos de Freud (1953-54)*. Buenos Aires, Argentina: Paidós
- Laplanche, J. (1973) *Vida y muerte en psicoanálisis*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Laplanche, J. (1987) *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. La seducción originaria*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu
- Laurent, E. (2013a) *La batalla del autismo*. Buenos Aires, Argentina: Grama.
- Lemberger, G. (2009), *Los márgenes de la metapsicología freudiana: afecto y cuerpo*. (Tesis de Maestría en Psicoanálisis) Facultad de Psicología, UNR. Rosario, Argentina.
- Mannoni, M. (con Dolto, F) (1965) *La primera entrevista con el psicoanalista*. Barcelona, España: Gedisa.
- Manson, F; Púlice, G y Zelis, O. (2000) El pensamiento mágico, el paradigma indiciario y las ciencias conjeturales, en *Acheronta*, 12 (1), 1-23. Recuperado en <https://www.acheronta.org/acheronta12/investigacion.htm>
- Piro, M. y Alessandroni, N. (Comp.) (2021) *Cuerpo, época y presentaciones sintomáticas actuales. Interrogantes y desafíos en psicopatología infanto-juvenil*. EDULP. Recuperado en <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/122755>
- Piro, M., Martín, J. y Sosa, M. (2017). El problema del cuerpo en el autismo: la solución de Grandin. *Actas del VI Congreso Internacional de Investigación*, 475- 477.
- Prado, M. (2023) La discapacidad certificada. Patologización y medicalización de la infancia. *Revista Escritos de Posgrado*, 6, 54-60. Recuperado en <https://escritosdeposgrado-psico.unr.edu.ar/ojs/index.php/escritosdeposgrado>
- Real Academia Española. (s.f.). *Diccionario de la lengua española*. Recuperado en <https://dle.rae.es/> (27/06/2023)
- Rodrigo, M. (2016). La construcción del cuerpo. *VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología*. Facultad de Psicología. UBA. 650-651. Recuperado en <https://www.aacademica.org/000-044/828>

- Rodríguez, J. (2017) *Soñar con los dedos. Entre Freud y Winnicott* (2ª Ed). Buenos Aires, Argentina: Letra viva.
- Rodolfo, R. (2016) *El niño y el significante. Un estudio sobre las funciones del jugar.*). Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Tendlarz, S., Larrahondo, M. y Mas, M. (2013) Particularidades del cuerpo en el autismo. V *Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología.* Facultad de Psicología. UBA. Recuperado en <https://www.aacademica.org/000-054/829> (18/12/2021)
- Tustin, F. (1997) *Barreras autistas en pacientes neuróticos.*). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Varela, A. (2017) Winnicott y el espejo. *Revista Psicoanálisis*, 39 (3) 501-520.
- Vegh, I. (2010) *Yo, Ego, Sí-mismo: distinciones de la clínica.* Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Winnicott, D. (1962) La integración del ego en el desarrollo del niño. En *El proceso de maduración en el niño. Estudios para una teoría del desarrollo emocional* (1981). 3ª ed. Barcelona, España: Laia
- Winnicott, D. (1971). *Realidad y juego.* Barcelona, España: Gedisa.
- Wolkowicz, D. (2018) El cuerpo en la clínica psicoanalítica, en *Psicoanálisis en la universidad*, 2, 63-71.